

ATENE O

REVISTA DEL ATENEO DE EL SALVADOR

UBI SCIENTIA, IBI PATRIA

CIENCIAS - IDIOMA

LETRAS - ARTES

PROGRAMA DE LABORES EN DESARROLLO

Ciclo de Conferencias Semanales
Conferencias por Delegaciones en el País
Extensión Cultural por Radio
Estímulo al Normalista Inteligente
Juegos Florales Escolares
Exposición del Libro Inédito
Antología Centroamericana
Universidad Democrática para Difusión
de Cultura
Concursos Literarios y Artísticos
Instituto en el Seno del Ateneo.

○

AÑO XXXIX — CUARTA EPOCA — NUMERO 194

SAN SALVADOR—EL SALVADOR, C. A. — JUNIO DE 1952

JUNTA DIRECTIVA 1952

Presidente ...	Profesor Alfredo Betancourt
Vice-Presidente ..	Doctor Manuel Vidal
Secretario General ...	Bachiller Jorge Lardé y Larín
Pro-Secretario	Señor Braulio Pérez Marchant
Secretario Adjunto ...	Señor Luis Gallegos Valdés
Bibliotecario...	Profesor Gilberto Valencia Robleto
Síndico ...	Doctor H. C. Juan Felipe Toruño
Tesorero	Profesor José Lino Molina
Vocal 1o.... ...	Doña Graciela Huevo Paredes de Gutiérrez (Írisol)
Vocal 2o.... ...	Doctor Aristides Palacios
Vocal 3o....	Padre Vicente Vega y Aguilar
Vocal 4o.... ...	Teniente Coronel José María Lemus
Vocal 5o.... ...	Ingeniero y Coronel Simeón Angel Alfaro

EN ESTE NUMERO, LEA:

1—GLOSARIO CRITICO DE BERTIS

Por Napoleón Rodríguez Ruiz

Página

- Conferencia de ingreso en el Ateneo de El Salvador de una de las figuras más conspicuas de la intelectualidad salvadoreña contemporánea, autor de la novela "Jaraguá" y de "Historia de las Instituciones Jurídicas Salvadoreñas" ... 6

2—CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR

Por Luis Gallegos Valdés

- Rodríguez Ruiz pone de relieve un rasgo importantísimo, no visto por otros comentaristas, cual es la personalidad filosófica de Bertis. 22

3—ELOGIO AL SENTIDO DE RESPONSABILIDAD

Por Rosendo Morán Monterrosa

- Conferencia de ingreso en el Ateneo de El Salvador de un prestigiado galeno salvadoreño, hondamente preocupado por la bancarrota moral de la juventud contemporánea... 25

4—CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR

Por Manuel Zúniga Idiáquez

- El sentido de responsabilidad no es otro que la voz de la conciencia, de la cual se afirma desde hace siglos: "La conciencia es a la vez testigo, fiscal y juez". 29

5—UNA ENTREVISTA CON GIOBANNI PAPINI

Por Humberto López Villamil

(Continuación)

Página

América no ha calado hondo todavía en Europa. Los del Viejo Mundo creen que vivimos todavía en una era de salvajismo. Interesante entrevista de un centroamericano con el autor de las "Memorias de Dios". 33

6—GENERAL JOSE MARIA MELO

Por Jorge Lardé y Larín

Durante su paso efímero por El Salvador, el glorioso militar neogranadino reorganizó las fuerzas armadas del Estado salvadoreño y fundó y dirigió el primer Colegio Militar que hubo en Centro América. 37

7—HISTORIA GEOLOGICA DE EL SALVADOR

Por Jorge Lardé y Larín

De "Geología Salvadoreña", novena obra del autor, tomamos este capítulo relativo a la forma y época geológica en que fueron emergiendo del seno de los mares los territorios que hoy forman la República de El Salvador 41

8 — EPOPEYA

Por Manuel José Arce y Valladares

Bellísimo soneto del inspirado bardo centroamericano autor de "Romancero de Indias" 45

9—NOTAS INFORMATIVAS ... 46

ATENE O

ORGANO DEL ATENEO DE EL SALVADOR

—UBI SCIENTIA, IBI PATRIA—

Director: Prof. ALFREDO BETANCOURT

Redactores: Br. JORGE LARDE Y LARIN y Dr. ARISTIDES PALACIOS

Año XXXIX

San Salvador, C. A., Junio de 1952

No. 194

EDITORIAL

Afiancemos nuestro esfuerzo cultural

Talvez parezca impropio que en una revista cultural, expresión de una sociedad selecta de intelectuales, aparezcan problemas culturales de tipo local, pero posiblemente valga como excusa que esos mismos problemas existen en algunos otros países de desarrollo cultural relativamente incipiente como el nuestro.

Desde hace largos años nos ha inquietado la pregunta de si en El Salvador hay suficiente interés cultural que explique las numerosas sociedades de esta índole que existen, pero sobre cuya función y desarrollo hemos tenido a menudo algunas dudas. El hecho mismo de la existencia de tanto grupo que tienda a promover el desarrollo cultural del país, está indicando que hay una real inquietud expresa o latente. A menudo, desdichadamente, no todo el grupo que aparece en la planilla de sus constituyentes mantiene vivo el interés y la finalidad con que dicha sociedad o grupo fue creado, pues este espíritu sólo es mantenido por el tesonero afán de unos pocos individuos. Eso explica el desarrollo funcional de la mayor parte de dichos grupos: se organizan, en ocasiones con mucho entusiasmo y gran bullicio y pronto decaen para vivir una vida semejante a la hibernación, de la cual son despertados de cuando en cuando por los mismos mantenedores del espíritu inicial o por nuevas adiciones personales de gran empuje.

A juzgar por el apareamiento en estos días de nuevos grupos culturales, parecería que estamos viviendo un nuevo renacimiento de las inquietudes culturales en el país, y si es verdad que entusiasma este

florecimiento, también apena la idea de que pudiera seguir el curso habitual de nuestros entusiasmos pasajeros. Valdría la pena saber por qué muchos de los esfuerzos al parecer pujantes y con visas de impercederos, han decaído pronto en épocas anteriores.

Talvez una de las causas de la falta de perdurabilidad consiste en que casi todos estos pequeños grupos están constituidos por núcleos de pocas personas, habitualmente dinámicas y por eso mismo muy ocupadas, que no pueden mantener constantemente en estas sociedades vigor suficiente de entusiasmo contagioso.

Otro factor que talvez contribuya es que casi ninguno de estos grupos tiene un plan de trabajo sistematizado con una proyección en el tiempo y en el espacio que permita mantener una pauta de esfuerzos que con o sin modificaciones sirva para el presente y para el futuro.

Estas causales nos han parecido suficientemente importantes para pensar que debería hacerse una revisión de todo el movimiento cultural del país, donde aunando esfuerzos y planeando en una forma coordinada que pudiera ser satisfactoria para los mismos mantenedores del entusiasmo de estos diversos grupos y para el público en general, que ha de recibir la simiente de que allí provenga, se llegue a canalizar toda esa energía de vital importancia para todo el país. Esta planificación debería intentarse, no sólo en lo relativo a ideas fundamentales de desarrollo cultural, sino también en lo que se refiere a financiamiento y a divulgación. Hemos visto algunos de estos grupos cuyos gastos en locales y personal de mantenimiento son más grandes que los gastos dedicados a la esencia y a la divulgación de su propia labor, cuando sería perfectamente factible y deseable agrupar todos estos centros culturales afines en un solo edificio físico cuyo alquiler fuese cubierto proporcionalmente, que posiblemente sería más amplio y hermoso y que ofrecería las mismas o mayores facilidades administrativas y que con seguridad permitiría a los diversos grupos más holgura económica para expandir sus planes y hacer mejor y más amplia divulgación de su labor.

Esta coalición de sociedades culturales del país, traería al seno de la misma todas las inquietudes y problemas propios de cada una de ellas y despertaría nuevos problemas que entusiasmarían a los adalides de nuestro movimiento cultural con sus abiertas interrogantes.

Parece lógico que el objetivo final de todas estas sociedades sea el de acrecentar el bagaje de conocimientos de sus miembros y el de intercambiarlos más o menos ampliamente con todos aquellos que quisieran prestarles oídos.

En realidad el problema esencial para el desarrollo cultural del país no es el de profundizar los conocimientos de unos pocos, que ellos mismos por convencimiento o afición tienden a cultivarse cada vez más, sino el de extender siquiera los rudimentos de estas disciplinas al mayor número de individuos. Es posible también que al ver el despertar de la generalidad, se logre hacer producir a algunos baluartes de la ciencia que se han dormido sobre sus laureles que los piensan tan bien conquistados y tan inmarcesibles que ya no les importa ni recibir más y que muy poco se preocupan de dar.

El nuevo movimiento de la organización cultural de El Salvador debería tender a afianzar e incrementar el entusiasmo de los selectos espíritus dinámicos que quieran mejorarse y mejorar a los demás y también la de hacer que los dormidos espíritus cultivados se muevan, revivan y hagan partícipes al resto del conglomerado social, de adquisiciones hasta hoy avariciosamente atesoradas y sin otro valor presente o futuro que el placer egoísta de poseerlas.

Es ridículo que sociedades culturales de gran renombre tengan por órganos de publicidad revistas de tiraje y presentación raquíticas que las hacen poco asequibles y aún deseables a gran parte del público sediento de información cultural.

Es una lástima que algunas de las grandes fuentes actuales de divulgación cultural sean tan poco utilizadas en el país. Por todas partes oímos el clamor de que nuestro periodismo no está orientado en general a aumentar la cultura del país y que urge que se establezcan verdaderas escuelas de periodismo que produzcan valores que conviertan a la hoja periodística en un verdadero vehículo de cultura.

Nuestras radiodifusoras en general no están sirviendo tampoco un fin cultural y casi da vergüenza que casi minuto a minuto ofrezcan más el tóxico del cuerpo y del alma que la dádiva del espíritu. Nuestros cines mismos son más o menos antorchas de la escena procaz que del vivificante y elevador espectáculo cultural.—A. P.

San Salvador, 26 de mayo de 1952.

GLOSARIO CLASICO DE BERTIS

Discurso académico pronunciado por el doctor Napoleón Rodríguez Ruiz con ocasión de su ingreso como Miembro Activo del «Ateneo de El Salvador»

Señor Presidente del «Ateneo de El Salvador», señores:

Con el fervor místico con que he amado siempre las bellas letras, permitidme que yo, un oscuro apóstol suyo, salude al distinguido cónclave que ahora me recibe en su seno. Estoy aquí con vosotros dispuesto a ser el último oficiante en el altar de la sabiduría para recibir siquiera los reflejos de su llama eterna.

El contacto con los hombres de pensamiento orientará el mío. Y las ideas que suelen andar a la deriva fincarán en suelo firme con la dinámica de la experiencia. A la antítesis sucederá la síntesis. Y el equilibrio, ese sereno equilibrio tan difícil de alcanzar, acaso venga como recompensa a mi humildad de aprendiz. Seré entonces digno de sentarme a vuestro lado y de compartir con vosotros el pan espiritual.

Como neófito debo recibir mi bautismo a través de un discurso. De un discurso que yo quisiera grandioso y elocuente, pero que a no dudarlo, y pese a mi ánima, resultará mezquino y corto de palabra. Vaya en desagravio mi propia bisonñez; y válgame ésta para justificar el atrevimiento de querer penetrar en el pensamiento del insigne glosador

salvadoreño Presbítero y Dr. Juan Bertis, cuyo es el tema de este discurso. No me ocuparé de su personalidad como sacerdote católico, que fue relevante, ni de su innata virtud, que fué tan pródiga. Únicamente os haré crónica y análisis de su categoría de artífice de las letras.

Siempre trajéronme impresión muy grata los trabajos literarios de los escritores salvadoreños ochecentistas. La prosa elegante, el vocablo apropiado sin rebuscamiento, las ideas elevadas, la lealtad de la frase, el estilo, en fin, de alcurnia, imponen respeto y hacen persuasiva la enseñanza.

Cómo olvidar, por ejemplo a un Manuel José Arce que en su libro «Breves indicaciones sobre la reorganización de Centro América» nos dejó páginas inolvidables revelándose como un escritor que puede parearse sin desdoro con cualquiera de los autores franceses de la época prerevolucionaria? ¿Cómo no recordar el estilo sobrio y valiente del Padre Isidro Menéndez? Se les lee con delectación y sus pensamientos invitan a la meditación.

Muchos de ellos, sin embargo, son afectos a la expresión ampulosa que se identifica por una catarata de

adjetivos que surgen atropellándose de la palabra hablada o escrita. Esa adjetivación aburrida torna en cansino y trivial el discurso.

Pues bien, el Padre Bertis no es reo de ese pecado. Su prosa es fluida y ágil. La frase bien medida. La palabra distinguida y hermosa, no tiene sonar de cascabeles sino diapason de oro puro. Leyendo un escrito suyo sin saberlo tal, se creería estar frente a uno de los grandes autores latinos de la Roma Imperial o ante un estilista del renacimiento. No es extraño, pues, que algún autor extranjero haya calificado a Bertis como el primer clásico salvadoreño.

Y por sobre todo eso, que más mira a la forma literaria, brota como

un torrente subterráneo el pensamiento profundo, claro, diáfano; pensamiento en su más ancha manifestación: filosófico, científico, literario, etc. Surge de él la crítica de altura que alaba con justicia y censura con llaneza. En sus glosas ausculta el pensamiento de sus autores favoritos, lo extrae como con arte de alquimista, lo desmenuza con prolija sencillez y lo presenta a nuestro entendimiento como un manjar al alcance de la mano. Casi todos sus escritos son ensayos de hermenéutica del pensamiento de grandes autores. Así, a la vez que deleita, divulga sus doctrinas.

Y entrando ya en el fondo de la personalidad de Bertis estudiaré a continuación dos de sus principales facetas. Y son a saber:

Personalidad Filosófica

Escojo como primero este aspecto de la categoría intelectual de Bertis, porque, a mi juicio, es el que se relaciona más íntimamente con su calidad de sacerdote católico. Tengo para mí que nuestro autor hubo de reprimir sus aficiones mentales frente a las limitaciones impuestas por la religión de la cual era ministro. La Iglesia católica tenía y tiene su propia filosofía. La concepción del mundo que a través de esa filosofía obtiene el sujeto pensante, es bien diferente a la que resulta de la filosofía profana. La vida en aquella, surge, se desarrolla y extingue en un círculo biogénico irreal. En éste, el proceso vital se encarrila por una

serie de concausas cuyas raíces hunden la corteza del mundo. Hay en aquella evidente dogmatismo; en ésta, universalidad.

Consecuencia de todo ello fue que el espíritu ecuménico de Bertis tuvo que autofronterizarse para no violar los cerrojos del dogma. Se nota en sus escritos un ansia escondida de trascender el murallón de los principios inmutables y entrar a campo abierto donde el pensamiento es un pájaro que vuela tendido sobre todos los vientos, donde las colindancias de la idea estética se volatilizan ante el anhelo de infinitud.

Ese afán contenido de superar la ortodoxia se hace más patente si

se trae a cuento que Bertis se inclinó siempre—y ello es fácil verificarlo a través de sus trabajos literarios— a la escuela de los filósofos franceses precursores de la Revolución del 89 que alcanzan la sumidad con el doctor de Ferney, Francisco María Arouet, conocido en el mundo de las letras con el nombre de Voltaire.

Con una disciplina mental admirable, se mantiene, no obstante dentro del espacio que le marcan los hitos de la doctrina que profesa. Y lo que pierde en extensión lo gana en profundidad. Confinado en un estudio del pensamiento humano, lo explora con acucio de arqueólogo, exhuma sus tesoros y regala con ellos a nuestro entendimiento.

Su obra filosófica es dispersa, falta de unidad. Son fragmentos esparcidos en sus escritos los que nos ponen delante su hacer de filósofo. Es poco, pero revela el pensador de enjundia.

Entre los trabajos que podíamos calificar de filosóficos se pueden citar:

a)—La primorosa exégesis titulada «Los Principios», en la cual con una claridad didáctica incomparable analiza el concepto que la filosofía asigna a los «primeros principios». Se nota aquí cierta simpatía por el racionalismo gnoseológico. Identifica el principio con la verdad. Pero limita los alcances de ésta, considerando que sólo la verdad que es tal por sí misma, que es preconcebida y que no necesita de aparato científico para constatarla, es la única que merece ser tenida como principio. Y pone como ejemplo la

existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Todas las otras verdades que no son en sí mismas generadoras, son verdades por deducción, que no alcanzan la categoría de principio. No por eso dejan de ser fecundas y decisivas en el conocimiento humano.

En el estudio de las ciencias no bastan los principios. Es de tenerse en cuenta también las consecuencias y las aplicaciones. Si aquellas no se metodizan, si no se ordenan convenientemente, la razón será impotente para realizar el conocimiento. Aquí—dice Bertis—es donde más ejercicio tiene la deducción; si ella es caprichosa, producirá tan sólo errores o absurdos; si es exacta, demarcará las consecuencias legítimas, y concatenará fielmente una serie de verdades.

En cuanto a las aplicaciones, ellas dicen relación con la parte práctica de las ciencias, con el proceso del uso, de donde se derivará el bien o el mal para el hombre.

Y siempre con su honda preocupación espiritual, Bertis obtiene de sus razonamientos la conclusión que formula así: «Contrayendo pues, a nuestro propósito, la observación indicada, diremos que nuestro objeto, en materia de principios, consecuencias y aplicaciones, respecto de la ciencia práctica de que tratamos en este artículo, es la perfección moral; y como la perfección en la sociedad consiste en aproximar las leyes a la perfección de los principios, y en el individuo, en aproximar las costumbres a la perfección de las leyes, es evidentísimo que nunca podrá tacharse de excesivo el

empeño de hacer, con toda propiedad y exactitud posibles, las aplicaciones diversas de los principios a las leyes y a la conducta».

Los principios, sus consecuencias y sus aplicaciones deben ir enlazados a la realización del fin moral para vencer los obstáculos «y progresar de continuo en esta escala de perfectividad que hemos de recorrer sobre la tierra, para tocar después de la vida la perfección absoluta de que es capaz nuestra naturaleza».

b.)—*Escuelas dominantes.*

Lo teleológico del trabajo que lleva como título el acápite de este aparte, es presentar un paralelo entre el espiritualismo, específicamente el espiritualismo cristiano, con el materialismo. Combate, desde luego éste como una doctrina falsa y anárquica. Con frase amarga señala los males que ha traído a la humanidad el primado de la materia sobre el espíritu. Y explica cómo la historia demuestra que los grandes progresos de las naciones coinciden con el auge del principio teológico. Y cómo la anarquía, el desorden y la impiedad se correlacionan cuando el materialismo es señero en la filosofía dominante en los pueblos.

Todo este artículo de Bertis es un elogio de la fé. Y una apología de la escuela teológica en oposición con la escuela que él llama sensualista o materialista. La fé es para él la suprema rectora del universo: todo subsiste por la fé, todo se destruye sin la fé. Hace notar que fue bajo el régimen de los emperadores cristianos, desde la conversión de

Constantino hasta la muerte de Justiniano, que el imperio romano llega a la cúspide de su cultura jurídica que legara a los distintos pueblos que surgieron de su disolución. La fé inspiró a todos esos dirigentes de Estado para dictar e imponer una sabia legislación.

La poderosa fuerza de argumentación de Bertis rodea de hermosa claridad una materia de suyo abstrusa e inasible. Su rigurosa dialéctica, que puede compararse con la de los diálogos platónicos, persuade y arrastra, atando la razón. Sólo después de que se abandona su lectura y se medita con calma en lo leído, se liberta uno del encantamiento y pone en función su raciocinio. Ello no quiere decir que nuestro escritor sea un erístico o un sofista. Que no. Es simple y sencillamente un gran polemista.

Este trabajo vale, pues, como ataque inmisericorde al materialismo, aunque sin tomar en cuenta si se trata del materialismo de Lencipo y Demócrito, o del de los estoicos o del de Hobbes, todos indudablemente distintos entre sí.

c.)—*Filosofía Escolástica*

Este corto escrito de nuestro autor, trata con su acostumbrada maestría de colocar a la Filosofía Escolástica en lugar cimero—lo cual es mucho hacer en pleno siglo XIX cuando ya hacía rato que la Escolástica había venido a menos—, y de demostrar las excelencias del método escolástico. Sostiene que éste es la mejor vía a que puede aspirar un hombre para ser sabio. La filosofía escolástica—dice—expone la

verdad, no la inventa. No la crea, sino sólo da procedimientos adecuados para llegar a ella. Desde este punto de vista, la filosofía escolástica es netamente pedagógica. Los que la profesan son maestros en el arte de enseñar. Allá que se avenga la facultad de crear, de establecer la verdad a priori, con los genios. La escolástica estará presta a ir a la búsqueda de los medios más efectivos para transmitir esa verdad. Y entra ahí la función del método escolástico. Este usa la tradición y la exposición para guiar hacia la verdad. En esa dualidad de sistema didáctico se funda todo el éxito del método.

Oigamos con qué lógica y elegancia defiende Bertis a su protegido:

«El hombre y con más razón el niño, ha menester de un fondo histórico y tradicional; porque de otra suerte no abandonaría nunca la tartamudez de su infancia. Sígase la carrera del hombre intelectual, desde que brillen los primeros destellos de su razón, basta que sorprenda al mundo con la fecundidad de su genio y con el poder de su lógica: cuál es el término proporcional que van guardando entre sí sus conocimientos tradicionales y sus conocimientos demostrativos? Cuanto aprende durante su niñez, bajo el magisterio de los mismos autores de sus días, es acaso todo tradicional. En las escuelas de primeras letras, recorre el alfabeto, combina las letras, lee; traza las líneas, forma los caracteres, escribe; junta los números, comprende su valor, cuenta; y todo lo hace bajo la fe de su maestro y de una manera histórica y tradicional. Esto

mismo va sucediendo en toda su carrera, porque el hombre siempre es niño junto a la inmensidad de la ciencia. El poder de la demostración es un poder parcial; el poder de la tradición es un poder total. Los conocimientos tradicionales son la basta materia que ejercita las fuerzas del talento; sin ellos el desarrollo de aquél será precario, pues le sería preciso ser tan viejo como el mundo, y reunir las luces de todas las generaciones que han dado su contingente a las ciencias, para que llegase a dominarlo todo sin los recursos de la tradición.

Colígete de aquí, que el carácter tradicional del método escolástico, lejos de ser un borrón que pudiera empañar su lustre, debe reconocerse como uno de los más nobles atributos del arte de pensar».

Bertis apoya sus argumentos sobre la realidad. Y como la realidad, una vez constatada no puede rebatirse, resulta lógico que la utilidad del método escolástico, tampoco puede argüirse. Pero es que el privilegio de enseñar bien no es atributo sólo del método escolástico. Es también característica de los demás métodos. De lo contrario serían incompletos, fragmentarios, y por tanto, en parte, inútiles.

Mas, siendo la Escolástica una doctrina filosófica admitida y sustentada por la Iglesia católica, no es extraño que Bertis panegirice sus excelencias, y trate de actualizar una doctrina que si bien tuvo inusitado florecimiento en todo el siglo XIII con sus figuras centrales Alberto Magno, Santo Tomás y Duns Escoto, fue decayendo apulatinamente

hasta hacer crisis en el siglo XVI, a pesar de haber tenido un último destello con el jesuita español Francisco Suárez.

No debemos pues, censurar a Bertis: obra conforme a la lealtad que debe a sus principios.

d)—*Las inclinaciones.*

La exégesis que en este escrito hace Bertis, no obstante ser el tema sustancialmente filosófico y metafísico, es un modelo de claridad y orden lógico.

Se interna nuestro autor en el inabarcable y movido campo de los instintos. Estos nacen con el hombre. Se manifiestan con relieves de nobleza que los diferencian con los instintos de las bestias. Después, los instintos se amalgaman con los sentimientos morales que se van insinuando, y llega un instante en que no se sabe si actúan los instintos, la inteligencia o la libertad. Viene después el hombre con sus aprendizajes, con un desarrollo mental superior, pretendiendo ser el amo de la creación, pero sus ideas, sus propensiones, tendrán siempre el control remoto de aquellos impulsos innatos de la naturaleza que son los instintos. Cuando la inteligencia se desidentifica del instinto surge la curiosidad consecuente que es el primer móvil de la razón.

En la ciencia moral el instinto se traduce en una búsqueda del bien, en el escape del dolor.

Y llegando a la parte medular de su explicación, Bertis dice: «Resalta de lo expuesto que todo lo que

en sí contiene y encierra nuestra vida moral, esto es, cuanto atañe al entendimiento, a la libertad y a la conciencia, tiene un principio de acción innato en el hombre; que este instinto sin multiplicarse se diversifica en su acción; que en el orden físico se llama «tendencia a la propia conservación»; en el orden intelectual «tendencia a la realidad», y en el orden moral «tendencia al bien», que esta triple tendencia es la expresión de un sentimiento también innato, el amor de nosotros mismos; y por consiguiente que este amor anterior a todo se anuncia en esas varias tendencias que van poniendo en juego a su turno los elementos físicos, intelectuales y morales del hombre».

Aquellas tendencias son a las que Bertis llama «inclinaciones».

¿Cuándo surgen las inclinaciones? En el momento psicológico en el cual el hombre principia a revelarse como ser racional, diferenciado de los brutos, ahí donde —como lo dice el mismo Bertis— «no sólo se escucha el grito de la naturaleza sino que se advierte ya un vislumbre de inteligencia y se siente un impulso de voluntad hasta cierto punto motivado».

¿Cómo opera la inclinación? Indudablemente estimulando la voluntad. Se produce entonces una fuerza psicológica que inclina al sujeto hacia un objeto determinado. Si esa fuerza no encuentra dique alguno seguirá moviéndose en una línea fatal, que si es la del vicio, conducirá a la muerte moral. Pero la mayor parte de veces tropieza con la reflexión, que es la función del

entendimiento. Y entonces surge el conflicto de dos fuerzas, y la que prepondera marcará la conducta social del hombre.

Pero aún interviniendo la reflexión, y triunfando ésta puede decirse que el problema de la decisión no estará resuelto. Puede suceder que la reflexión coadyuve con la inclinación nociva y apure la catástrofe. Se necesita entonces el laboratorio en donde se depure el hecho y se constate la bondad de la inclinación o de lo que propone el entendimiento. Ese laboratorio es la conciencia.

Mas, incide todavía otro elemento: la libertad, que es la facultad que el hombre tiene de determinarse. La libertad gira siempre entre la inclinación y la conciencia, por lo tanto puede decidirse por una u otra.

Cuando las inclinaciones se manifiestan en forma vehemente e irresistible, devienen en pasión, dando lugar a una de las etapas más peligrosas del proceso evolutivo de la inclinación, y que puede condicionar para siempre el destino humano.

Y no continúo presentando el pensamiento de Bertis a este respecto porque sería prolongar demasiado este discurso.

La lógica magistral, la honda filosofía y la realidad de las apreciaciones hacen del trabajo que acabo de comentar uno de los más felizmente logrados, y uno de los que más pone de manifiesto la reciedumbre mental de nuestro autor.

¿Se perfila Bertis en «Las Inclinaciones» como un innatista al sostener que vienen con el ser humano tendencias que caucificaran gran parte de su existencia? Indudablemente sí. Y eso no viene en desmedro de su filosofía. Descartes y Malebranche lo fueron. Y también lo fue el gran Leibniz y Wolf. El innatismo ha sido una de las preocupaciones constantes de los filósofos, desde Platón con su teoría de las reminiscencias, pasando por la Edad Media con San Agustín, con su teoría de las formas de la experiencia, «disuelve», hasta Kant, que llevando el problema al campo de la Epistemología,—como dicen los filósofos— el innatismo es un apriorismo.

En esta exposición Bertis alcanza un éxito rotundo.

Sería largo ocuparse de todos los trabajos filosóficos de Bertis. Baste decir que en ellos campea siempre el pensamiento cristiano en toda su pureza.

Personalidad Literaria

Si es grande Bertis en la materia filosófica, no lo es menos en el terreno de lo que él mismo llama «la bella literatura». Aquí no se sabe

qué admirar más en él, si el casticismo puritano del estilo o la exactitud y fidelidad de las glosas que hace de las producciones de los grandes ma-

estros. Es extraordinaria la difícil sencillez de la exposición. Es sugestiva la arquitectura de la frase, ni incompleta ni ripiosa: justamente expresando lo que se quiere decir, con las palabras necesarias y adecuadas. Gravedad sin desnudez, y elegancia sin amaneramiento, son las características de su estilo.

Ese arte del bien decir que tan exitosamente cultivaron nuestros escritores del ochocientos, no fue transmitido a las generaciones del siglo siguiente. Se apagó como por encanto la inspiración literaria, y el siglo XX —lo que va corrido— es un siglo callado, ayuno de altos valores idiomáticos. Con muy raras excepciones, el lenguaje literario se ha convertido en una plebeya exposición de lugares comunes, llena de logomáquicas encrucijadas, en donde la anfibología anda del brazo con el amaneramiento, y la insulsez se codea con la ampulosidad.

Hay un irrespeto absoluto del idioma y una despreocupación fachendosa por la profundidad del pensamiento. Jamás se vió progresar tanto el arte de exponer el menor número de ideas con el mayor número de palabras.

Para curar este mal del siglo muchos han aconsejado la vuelta al humanismo, el retorno a los clásicos.

Tal vez la lectura constante de los libros de los grandes maestros, vivero eterno de inspiración fecunda, traería el milagro de hacer que el hombre culto de nuestros días se convirtiera en un celoso guardián de la pureza del idioma castellano y en

un apóstol del pensamiento. Tal vez Tirso, Lope, Gracián, Rojas, Cervantes, moldeen la arquitectura literaria del hombre de letras del siglo XX y lo empujen hacia la forja de un nuevo estilo con el aporte del clasicismo.

Mientras tanto, busquemos refugio en la umbría que nos brindan escritores de la talla de Juan Bertis. Frente al estéril sequedal, humedecemos nuestros labios en los perennes manantiales.

El estilo de Bertis se eleva y sublimiza al glosar piezas literarias de sus autores favoritos.

Trataré de analizar algunas de esas glosas.

Ellas son:

a) — *Observaciones críticas sobre el discurso de Cicerón en defensa de Aulo Licinio Archias*

Por qué escogió Bertis para su glosa ese discurso de Cicerón, que es, a no dudarlo, uno de los menos trascendentes de aquel eminente orador?

Pues porque tal discurso es la apología más completa, perfecta y sentida que se haya hecho jamás de la poesía, del escritor y del arte. Tenía, a fortiori, que embargar la atención de Bertis y conquistar su admiración y simpatía esa pieza literaria que finca la defensa de un hombre en la defensa del arte. ¡Hermosa bandera de lucha! Bertis se asombra y se embelesa, y elogia sin reservas el discurso.

Aulo Licinio Archias era un poeta extranjero que logró adquirir el título de ciudadano romano. Graciano, enemigo suyo, le disputa ante los jueces el derecho, a sabiendas de que Licinio no puede probar la existencia de su derecho debido a que los archivos de Heraclea, donde encontrábase las pruebas, fueron destruidos por un incendio. Cicerón se presenta a defenderlo. Y ese es el origen de su intervención.

Bertis reproduce el hermoso y hábil exordio del discurso.

A continuación va con exactitud anatómica analizando cada uno de sus párrafos, interpretando el pensamiento del orador, permitiendo que aún el individuo de poco intento se percate de la grandeza y munificencia del discurso, tal es la claridad de la exposición. En su justificado entusiasmo hace él también acertadas consideraciones sobre la influencia de la poesía en la vida del hombre, y complementa los razonamientos de Cicerón para demostrar el goce infinito, el placer inefable que encierra el cultivo de las bellas letras. Oigámosle con qué altura y serenidad expresa esos sentimientos en los siguientes párrafos que no me resisto de transcribir:

«¿Dónde está pues, el placer? ¡Ah! No lo busquemos en las tendencias de los sentidos, en la satisfacción de los deseos menos nobles; sino en la perfección del hombre moral, en el cultivo de la razón, en la riqueza del entendimiento, en la fuente pura de las memorias literarias. La literatura convidando a todas las edades con mil placeres que

se engendran sin interrupción y se suceden sin semejanza, derrama sobre la vida un encanto tan sublime, que nunca pueden prevalecer contra él ni los embates de las pasiones, ni los dardos del dolor, ni todas las amarguras de la adversidad. Véase sino al joven prudente, previsor, ocupado en atesorar conocimientos útiles; extasiado con la perspectiva de la gloria; superior a los goces mezquinos y reprobados; tributando un culto apasionado a los grandes modelos; registrando la lira de Píndaro y de Horacio; elevándose con los cantos de Homero y de Virgilio, y participando tal vez con Demóstenes y Marco Tulio de aquellos nobles sentimientos que inmortalizaron a las antiguas repúblicas. En las lecturas, contestará él, que han sido mi ordinario alimento «*adolescenciam alunt*».

¿Qué importan al anciano los horrores del sepulcro, cuando se animan sin cesar a su presencia las memorias de una vida magnánima cuya senda está regada de laureles? Dejemos al viejo inútil helar nuestra alma con el frío de la muerte, aislarse en el rincón de su retiro, presenciando este espectáculo bien triste: el joven que le abandona, el hombre que le compadece el fastidio que lo consume y el círculo de sus sentimientos y de sus ideas que se recoge y estrecha sin cesar: porque arrebatada de preferencia nuestras miradas ese otro que ha comprobado con las lecciones sublimes de su sabiduría el augusto título de venerable: las fuerzas corporales retardan ya sus pasos; pero no importa, porque siempre habituado a buscar en el fondo de su alma la fuer-

te del placer, goza superabundantemente en el silencio de su misma quietud: no puede ya desafiar las tempestades del océano para ir a buscar la sabiduría en el comercio de otros hombres, pero no importa, pues al noble impulso de sus deseos, le sorprende en su pacífico retiro la inmensa comitiva de los poetas, de los oradores, de los sabios, en fin, de todos los pueblos y de todos los países: su edad no es una barrera que se levanta entre él y la nueva generación en que vive; su noble aspecto atrae la risa de la inocencia, y el niño se duerme sin zozobra en sus brazos; todos los jóvenes vienen a sentarse alrededor de él y le estrechan y le urgen para que derrame entre ellos los encantos de sus memorias; el guerrero aguarda su aprobación para partir a los combates: el hombre de estado recoge incesantemente de sus labios las máximas de la prudencia: el sabio laborioso somete a su calificación los resultados de sus tareas, y el humanista proclama por todas partes la soberanía de su crítica. Todo en él es venerable, noble, apacible; su cabellera, su barba blanca, su ademán dulce y grave, la benevolencia de sus miradas, la serenidad de su frente espaciosa y despoblada donde la virtud parece haber grabado sus máximas. Esta vez hermosa, como advierte Segur, lejos de inspirar el espanto y excitar el disgusto, atrae también el amor, y exige de tal modo el respeto, que la imaginación religiosa de los hombres la ha escogido por imagen, cuando ha querido representar al Eterno. Tal se muestra a nosotros el primer filósofo de Atenas en el instante en que muere por la verdad. Tal es el triunfo de

la sabiduría, tan incomparables son los encantos que la literatura vierte en el seno de la ancianidad. «Senectutem oblectan».

Y así va enhebrando Bertis, ya pasajes bellísimos del discurso de Cicerón, ya comentarios enjundiosos que hacen gozar sobradamente al lector y le dejan una idea muy diáfana del tema tratado y de las cualidades que debe tener un buen discurso.

Termina citando el magnífico y generalmente conocido elogio que Sócrates hizo de los poetas, y en el cual, según Bertis, Cicerón se inspiró para hacer el suyo en la defensa de Archias.

b)—*Juicio sobre la oración fúnebre de Bossuet en la muerte de Enriqueta de Inglaterra*

Bossuet era un orador sagrado de primera magnitud. Sus oraciones fúnebres y la elevación y grandeza de su estilo hicieron de él uno de los oradores más gustados y oídos de su tiempo.

Claro que no puede parangonarse a Bossuet con Marco Tulio Cicerón. Y ello no por faltar méritos a aquél, que a éste le sobran, sino porque la elocuencia sagrada es absolutamente distinta de la profana. Es distinta en el ambiente, en la materia y en el auditorio. El orador sagrado ejerce su oratoria en un ambiente casi familiar, relativamente reducido, en el cual todos son sus fieles, a quienes llama hijos míos. El profano hace oír su voz, generalmente, ante multitudes heterogéneas,

exaltadas por las pasiones, difíciles de persuadir y contentar. Como dice Timón en el «Libro de los Oradores»: «el uno habla cuando puede, como diputado; el otro cuando quiere pues es sacerdote. Poco importa que el predicador sea joven o anciano, calvo o con una hermosa cabellera, dotado de una bella presencia o contrahecho, que su gesto sea noble o vulgar, su voz sorda o sonora y acentuada. Todas estas observaciones mundanas las omite el auditorio cristiano que otros pensamientos asaltan».

Por eso, las oraciones fúnebres de Bossuet no pueden compararse con las piezas oratorias de Demóstenes, Cicerón, Mirabeau, etc.

Bertis exalta con hermosos y elevados pensamientos la oratoria sagrada que «trasporta la imaginación, eleva el alma y excita con viveza inexplicable el sentimiento de la virtud».

Pero dentro de la oratoria sagrada pone con relieves de soberanía las oraciones fúnebres. Y no anda, desde luego en desacierto. Nada hay más sagrado que los muertos. Referirse a ellos es asomarse al tremendo misterio de la eternidad. La oración fúnebre es la sonata mortal que quiere hacerse oír en la palingsesia sinfónica de la inmortalidad.

Bertis ha expresado su objeto con su peculiar inspirado lenguaje:

«Sin embargo, —dice— hay un género particular en que parece reunirse cuanto es necesario para que la elocuencia sagrada revele todos

sus grandes atributos. Si los sentidos no tuviesen el mejor influjo sobre nosotros; si superiores a las pequeñas grandezas del mundo las viésemos de continuo con una mirada desdeñosa, y si nuestras almas, sueltas ya de las cadenas que las detienen en la tierra pudieran elevarse sin esfuerzo a la contemplación de las cosas invisibles; qué discurso más a propósito para poseerlas exclusivamente, que el que se versara sobre los altos misterios de la Divinidad? Pero apegados en extremo a las ilusiones del mundo, y constantemente aturridos con el estrépito de la celebridad, sólo podremos salir de este letargo con uno de aquellos golpes terribles que hacen caer a nuestros pies el ídolo que adoramos, es necesario ver bajar los reyes del sepulcro, ver su polvo confundido con el polvo, no ya de los hombres oscuros, sino aún de las cosas más despreciables; es necesario ver a estos altos personajes en aquel instante en que parece vuelven a tomar la Naturaleza y el carácter del hombre; es necesario ver la Eternidad al lado del tiempo, y a la religión sentada al borde del sepulcro. Tal es el objeto de las oraciones fúnebres».

Toda la oración dedicada a la muerte de Enriqueta Ana de Inglaterra, duquesa de Orléans tiene como centro nuclear, el ya famoso versículo del Eclesiastes: «Vanitas vanitatum et omnia vanitas». Y a demostrar lo axiológico de ese principio dedicó Bossuet su oración y Bertis su comentario. Ni uno ni otro necesitaban esforzarse mucho para ello, dada la universalidad del apotegma. Mas, el acontecimiento

se prestaba tan adecuadamente para destacar su omnirealidad, tan palmaria era la exactitud de su aplicación a ese acontecimiento, que las palabras de Bossuet y de Bertis tienen un sentido apocalíptico, tienen sonoridad de tormenta de juicio final, amilanan el espíritu e impelen a tirarse a tierra y confundirse con el polvo del mundo.

Su patetismo solemne induce a meditar hondamente sobre el valor convencional de los bienes terrenos y la apoteosis del reino espiritual.

Pintando con cariño la modestia proverbial de Enriqueta de Inglaterra, Bossuet termina su retrato con los siguientes hermosos párrafos: «Ningún estudio tenía para ella los encantos que la historia, la cual se llama, no sin motivo, prudente consejero de los príncipes. Aquí es donde los reyes más grandes no tienen rango ya sino para sus virtudes; y donde para siempre degradados por las manos de la muerte, vienen a sufrir sin corte y sin séquito el juicio de todos los pueblos y de todos los siglos. Descúbrese aquí cuán superficial es el lustre que proviene de la adulación, y cuán insubsistentes son los falsos colores por mucha industria y esmero que se ponga en explicarlos. Aquí estudiaba nuestra admirable princesa los deberes de aquellos de cuya vida se compone la historia. Aquí perdía insensiblemente el gusto de las novelas y de sus héroes insípidos, y empeñaba en formarse sobre lo verdadero, despreciaba esas frías y peligrosas ficciones. Así pues, bajo un semblante risueño y aquel aire de juventud que parecía no prome-

ter sino juegos, ocultaba un sentido y una seriedad que sorprendía y con mucho a cuantos la trataban».

Bertis tercia con su comentario: y en encendidas frases admirativas hace el panegírico de Enriqueta y el de Bossuet. Acumula pensamientos de legítimo cuño que le dan oportunidad de exaltar con fervoroso empeño los principios cristianos— recordando a los mortales lo deleznable de su arcilla.

Termina, diciendo que por la filosofía incomparable con que juzga soberanamente de todo, debemos admirar más que ninguna otra cosa el alma admirable de Bossuet.

c)—*Ensayo de crítica del Sermón de Massillon sobre la Impenitencia final*

En ningún comentario manifiesta Bertis tanto entusiasmo, ni usa un estilo tan elevado y solemne, como en este dedicado a examinar un tema que a su espíritu esencialmente religioso debió preocuparle grandemente: el de la impenitencia, es decir, de la irredención.

Massillon fue uno de los autores más alabados y preferidos de Bertis. En sus trabajos lo cita con admiración y respeto. Y no es para menos. El sermón sobre la impenitencia final es algo sencillamente soberbio. Está desarrollado con tanta elocuencia, con tanta habilidad y con tan noble y solemne estilo, que impresiona hondamente y conmueve las interioridades del alma. En la sincera religiosidad de Bertis debe haber dejado huellas profundas y de

seguro impulsarlo a perenne meditación.

El principio de la penitencia es de los fundamentales no sólo en la religión cristiana sino en todas las religiones. Pero en aquélla es pilar central en la estructura del edificio de la Iglesia católica. Por consiguiente, penetrar en su misterio significa asomarse al corazón mismo de la doctrina cristiana.

En sus dos interesantísimos capítulos el sermón demuestra, con diáfana claridad y elocuencia, esta sentencia tremenda para el católico:

«Si dilatais vuestra conversión hasta la hora de la muerte, morireis en vuestro pecado: porque entonces ya no estareis en estado de buscar a Dios y porque aún supuesto que os halláseis en estado de buscarle serían inútiles vuestros esfuerzos para volveros a él, porque no lo encontraréis».

Y alrededor de ese pensamiento, venero inagotable de reflexiones graves, va desarrollándose la palabra milagrosa de Massillon llena de advertencias que constituyen una macabra admonición.

Y, a su vera Bertis va paso a paso incrustándose en el ideario del sermón y explicándonos el alcance de los pensamientos. Se diría un pastor que guía a su oveja en noche de tormenta aprovechando la claridad de un relámpago.

En la primera parte del sermón surge como un letrado que se ilumina de súbito esta prevención: «La

penitencia en el lecho de la muerte es casi imposible».

Los hombres contestan a esto que hay siempre tiempo para la conversión. Con sofismas internos tratan de ahuyentar el —para ellos— fantasma de la verdad. Y oponen barricadas de razón para contener el empuje de lo que jamás estará bajo su control. Pero ni el tiempo ni el raciocinio, ni el sofisma evitará que —como explica Bertis— tal vez cuando se hallan más sumergidos en los placeres, se sorprenden repentinamente en la eternidad.

Y, sigue exponiendo Bertis, los que escuchan esa verdad, inmediatamente razonan: ¡bah! los casos de muertes repentinas que se quieren insinuar son afortunadamente raros. Mas los humos de victoria se desvanecen cuando Massillon—adivinando el pensar de los oyentes—agrega esta otra sentencia demoledora y desconcertante: que todas las muertes son repentinas; que casi ningún pecador muere creyendo que va a morir: y que no aparezca delante de Dios sin haberse preparado para esa terrible cuenta».

Vista la cuestión en el orden físico —dice Bertis explicando— el afirmar que casi todas las muertes son repentinas sería una paradoja; pero de paradoja se transforma en evidencia cuando se la mira en el orden moral. No todo lo que es violento es repentino, afirma: «quien se sorprende con lo que no esperaba tan pronto, ve como repentino un suceso que sin embargo pudo haberse preparado con lentitud. Qué importa pues, que la muerte nos arre-

bate después de haberse anunciado por una larga y penosa enfermedad o a tiempo que un rayo se desprenda de las nubes?».

Todo esto es de una lógica aplastante. El lenguaje es claro. El razonamiento diáfano. El entendimiento va preparándose y el alma achicándose para recibir su rosario fatídico de interrogaciones que llevan incita la respuesta y que el orador lanza como un reto a la incredulidad del oyente: «Qué puede hacer entonces una alma pecadora, consumida en dolores, desfallecida con el peso y con la multitud de sus males, y que apenas tiene la vida suficiente para animar su cadáver? ¿Os parece que con un entendimiento que ya se ofusca, con una lengua que se traba y entorpece, con una memoria que se confunde, con un corazón que se deshace, os parece que en ese estado puede un pecador registrar los abismos de su conciencia? Queréis que pueda conocer con claridad sus escándalos, sus venganzas, sus restituciones, aquel abismo de impurezas en que siempre ha vivido, aquellos estorbos acerca de los cuales nunca se ha explicado bien; y en una palabra, que entre en unos cuidados y unas menudencias para las que apenas bastaría el espíritu más sereno y la más entera razón? ¿Queréis que esta alma ya inmóvil y atada con las cadenas de la muerte, conozca el horror de sus pasadas iniquidades? ¿Que piense seriamente en implorar las misericordias de Dios, cuando las ideas de aquella última hora no parecen más que sueños, y los pensamientos son como los de un hombre dormido?»

Y la contestación después del largo silencio viene. Una sola. Pero tremenda y jeremiaca: y qué otra cosa véis »¡oh! gran Dios, en las funestas inquietudes que manifiesta, si nó los últimos esfuerzos de un alma que se defiende contra la muerte y de una máquina que se deshace!

Continúa después el comentarista con un estilo de soberanía demostrando cómo las enfermedades del alma son más tenaces que las del cuerpo. Esta las combate el drogista o el médico y tiene posibilidades de éxito. Pero aquéllas, ¡oh! tienen su valladar infranqueable en el placer mismo de padecerlas. Y eso perenniza su existencia. Es el alma que se destruye a sí misma con un masoquismo impúdico.

Y yo me represento a Bertis con la mirada severa y triste de sus ojos oscuros y los labios contraídos de amargura, lapidando en su glosa admirable la duda sobre el poder del hombre para separarse de la tierra sin dolor. Y dice, con las sentencias bíblicas: «El impuro tal vez recreará sus ojos moribundos en las funestas imágenes de sus pasados desórdenes; tal vez no abandonará las riberas del mundo sin decir un adiós desesperado al infeliz objeto que corrompió su corazón: sus huesos se llenarán entonces de los desórdenes de su juventud; y sus vicios dormirán con él entre las cenizas del sepulcro. Un pensamiento desconocido perturbará entonces por la primera vez la quietud engañosa del avaro; su alma vomitará las riquezas que había tragado, pero será muy contra su voluntad; el Señor las

arrancará de sus entrañas, pero no arrancará de su corazón el amor que les tenía».

Pasa Bertis enseguida a analizar la segunda parte del sermón. Trata esta segunda parte de demostrar que la penitencia a la hora de la muerte es casi siempre inútil.

Y nuestro autor tiene aquí frases elocuentes y asombrosas, usa un lenguaje de casta que impresiona y arrebató. Sin quererlo quizá, pone tal fuerza de convicción en sus palabras, inspiración tan sublime hay en ellas, que no se sabe qué admirar más; si el sermón o la glosa. A través de sus pensamientos se oye el desgovernado trotar de las bestias del mal, se adivinan los negros horizontes del confín de la existencia, y el lúgubre batir de alas de la muerte. De la muerte que llega cuando más el alma está adherida al barro de la tierra, cuando más atada está al poderoso imán de los placeres.

La penitencia en la hora de la muerte es inútil porque es falsa; las lágrimas que vierte el moribundo son estériles. Su arrepentimiento no es sincero. Lo prueba el hecho de que si para su buena o mala suerte, aconteciere que la muerte lo perdona, volverá a su vida de pecado y herejía.

El peligro inminente creó un sofisma en su corazón: el creer que desertaba de sus culpas. Y sólo era un adormecimiento momentáneo en la sala de espera del viaje sin retorno, una laguna de olvido en el territorio sin fronteras.

Y así, a través de un real señorio literario va surgiendo el Dios de Massillon, Dios que castiga, Dios inflexible que decreta la irredención como pena sin tomar en cuenta la deleznable flaqueza de los hombres. Va destacándose con perfiles trágicos la pena, una pena errante, sin deslindes y con caracteres de perennidad.

Y la desesperanza se amarra al corazón enfermo, velero que se quedó sin viento con las velas muertas, en la soledad del mar.

Un crepúsculo que se esfuma, vacío de luz, trágico en su desnudez solar, es la perspectiva única que el alma fría del penitente vislumbra en el caos de su agonía espiritual. Dios está muy lejano y no quiere ser ni siquiera espectador en aquel drama gigante cuyos actores son: la materia, el espíritu y la eternidad.

Después, todo es sombra; la noche profunda, la noche inmutable servirá de escenario a la tragedia que aún no se ha escrito y que podría titularse: «el destino del alma después de la muerte».

§*§

De buena gana continuaría yo analizando los trabajos literarios de Bertis. El marco obligado de este discurso y el temor de cansaros frenan mi anhelo. Y tendré que detenerme aquí mal de mi grado. Mas no lo haré sin antes enfatizar que el panorama literario del siglo XIX en El Salvador es fundamentalmente distinto al de la primera mitad del siglo XX que va corrida. Allá,

la fórmula clásica, el estilo sobrio y profundo eran características inconfundibles, sin olvidar por ello, la creación lingüística y la gracia figurativa. Aquí, son características dos extremos: o el común decir elevado a regla de estilo. O el buseado rebuscamiento, mal traído a norma ortodoxa. Entre ambos extremos, un libertinaje anárquico y desvinculado de las reglas del buen gusto, pregonando por doquier originalidad y evolución, a que apellidan modernismo.

Cuál de los dos panoramas es el que regala nuestra vista, es cosa que huelga decir. Y holgado sería también señalar cuál perenniza y cuál no es sino espejismo desértico.

No niego el afán. No ignoro la buena intención ni paso por alto el buen logro. Pero digo que la forma literaria ha venido a ser pedrería falsificada y el pensamiento, un acertijo de palabras. Sólo hay una algarabía multiforme, como sonar de instrumentos desafinados. No existe obra. No puede hablarse de una generación literaria. Muchísimo menos de una filosofía. Hay sí, pereza en redondo. Superficialismo y adoquín. La juventud no se responsabiliza del momento histórico en que le ha tocado actuar. No ha encontrado el equilibrio espiritual. Mejor, no lo busca. Es ajena a la disciplina del pensamiento. Es inconsistente e inconstante. Ama el bienestar y no es capaz de sacrificar ese

bienestar material en aras de una vida de estudio y meditación.

Ante esa descarnada realidad no podemos menos que preguntarnos con espanto: qué será de la República? Veremos siempre a la mediocracia manosear con desgarbo los altos valores de la cultura? Permitiremos que se desfigure el alma misma de la patria con nuestra incapacidad para interpretar el sentido de su fisonomía biológica? Hay que inyectar calor vital a esta generación que agoniza. Hay que ponerla de pie frente a los problemas del mundo. Y hay que hacerla sentir el dolor de ver lo santo y lo grande en manos profanas, a la verdad sin apóstoles, a la palabra en subasta.

Lo vulgar, lo falaz y lo inerte, tristes privilegios de una generación que faltó a la cita con su siglo, debe ser batido en todos los frentes, con rudeza, brutalmente si hace falta, si queremos poner fin a esta angustia, preludio obligado del desastre espiritual.

Hagamos examen de conciencia. Reconozcamos nuestro fracaso. Tengamos el valor de mirar hacia atrás. Y contemplar la desolación de los caminos recorridos.

Y ante ese desnutrido panorama, volvamos a los clásicos para buscar en ellos los valores esenciales que nos faltan.

San Salvador, marzo de 1952,

Contestación de Luis Gallegos Valdés al nuevo Miembro Activo del Ateneo de El Salvador, Dr. Napoleón Rodríguez Ruiz

Me es honroso, en verdad, acudir al encuentro, para darle cordial bienvenida, al nuevo miembro del Ateneo de El Salvador, doctor don Napoleón Rodríguez Ruiz. Justa y merecida su presencia en esta Institución. Dotado con largueza para las disciplinas mentales, entrégase a estudiar con ahínco la árdua ciencia del Derecho. Abogado de nota, todos estimamos en él a uno de los jóvenes valores del Foro de la República. Profesor en la Facultad de Jurisprudencia en épocas diversas. Y, además, gran devoto de las letras. Este fervor no es reciente: data de sus tiempos de estudiante, cuando entreveraba la lectura de textos jurídicos con la frecuentación de los clásicos castellanos. De entonces son sus colaboraciones en el «Boletín de la Biblioteca Nacional» y otras publicaciones de importancia. Más tarde, entregado por entero a su profesión, le vemos en la Universidad sustentar la cátedra de Derecho Civil, o hacer gala en el discurso académico y en la conferencia de estilo literario y sólida erudición. Es estos últimos años, centra sus estudios con intensidad. Resultado de ello es su *Historia de las Instituciones Jurídicas*, desde la época colonial hasta hoy, obligado libro de consulta de profesionales y estudiantes.

No contento con esto, y como para contrastar su talento en la piedra de toque del Arte, y también con un gran anhelo acaso de universalidad, se encamina hacia los mundos imaginarios, donde puede sin riesgo dar vuelo a su fantasía, comunicar a la prosa color y sensibilidad y tallar el estilo con el escoplo de la palabra viva, castiza a veces, pintoresca y vernácula otras, brotada casi de continuo de los veneros interiores, donde a menudo se fraguan dramas imponderables que sólo el novelista puede animar.

Tal la misión de éste, que trueca el lenguaje en fino instrumento de análisis psicológico, que escarba en lo más recóndito de las almas, o bien en rica paleta de pintor que describe con variados matices y tonos. Género difícil el de la novela: en sus revueltas aguas corren confundidas pasiones y ternuras, preocupaciones intelectuales e intuiciones poéticas. En él, los complejos freudianos, cobran vida y expresión en la conducta de una mujer o de un hombre. Género proteico más que ningún otro, en el cual el ensayo, con sus meandros y torrenteras, pierde lo que tiene de didáctico, gracias a las infinitas posibilidades del realismo, en el cual caben la tipología balzaquiana, la introspección de Dostoyevski, el fino psicolo-

gismo de André Gide, el simultaneismo de Dos Passos, o la amorosa destrucción de Joyce.

Rodríguez Ruiz ilustra ese género en El Salvador, junto con Miguel Angel Espino y Ramón González Montalvo. Nuestra literatura se ha afirmado ya, desde hace varias décadas, en el cuento. Intentos de hacer novela fueron los del general José María Peralta en el *Dr. Gonorreifigorra* y *La muerte de la tórtola*, y el del doctor José Leiva en *El indio Juan*; faltaba, sí, un enfoque más completo, sin preocupaciones satíricas, tal como lo han hecho más tarde Espino, Rodríguez Ruiz y González Montalvo. El segundo destaca con su recia novela *Jaraguá*, en la cual descripción y narración están muy bien dosificadas y el diálogo, fluido, natural, sabe al terruño. Puede estar tranquilo nuestro nuevo colega: mediante esa obra, su nombre quedará en sitio relevante en la historia de nuestras letras, pues ella marca un hito en una ruta poco transitada por nuestros escritores.

Con *Glosario clásico de Bertis* incorporase el doctor Rodríguez Ruiz a nuestra institución. Se aprecia en su discurso, en primer término, el aporte al mayor conocimiento de una figura, a la que el tiempo, lejos de empequeñecer, prestigia y eleva. El Padre Juan Bertis, latinista y literato insigne, dejó una obra en la que la medida, el equilibrio y la claridad del estilo, templado en las elegancias del áureo siglo latino, lo acreditan justamente como humanista. Así lo reconocen don Francisco Gavidia y los doctores Víctor Jerez y Manuel Castro Ramírez padre, quienes le conocieron y trataron y recuerdan con admiración y cariño su lección memorable.

La interpretación de Rodríguez Ruiz pone de relieve un rasgo, importantísimo, no visto por otros comentaristas, cual es el de la personalidad filosófica de Bertis. Se ha hablado del humanista, del literato, del sacerdote, del maestro, del escoliasta agudo de los poetas de la latinidad. Sabíamos de su ideal estético, detenido en Delille, poeta didascálico del neo clasicismo; particularidad ésta acaso explicable, no sólo por la índole de sus estudios hondos más no extensos, sino también por inclinaciones y preferencias personales. Ellas nos hacen interrogar, un poco perplejos, por qué aquél hombre, culto y sabio, no fue más allá, en punto a normas de belleza, de las señaladas por el desmayado y reseco neo clasicismo. Conocíamos, en fin, varios aspectos de Bertis, inteligentemente iluminados, mas faltaba, apurar su contribución al desenvolvimiento de las ideas en nuestro país, el doctor Rodríguez Ruiz lo hace en su discurso.

Es curioso ver cómo la timidez del Padre Bertis, mejor cabría decir su retraso en cuanto a normas estéticas, centradas, repito, en el neo clasicismo, tórñase seguridad y certeza cuando pasa al ámbito filosófico, acotado por la Escolástica, en la que sus creencias siéntense racionalmente justifi-

cadás. Rodríguez Ruiz cree con acierto que Bertis «hubo de reprimir sus aficiones mentales frente a las limitaciones impuestas por la religión de la cual era ministro». Subraya también su «disciplina mental admirable», y añade que lo que pierde en extensión gánalo en profundidad. Este último aserto acentúa el paralelismo entre su estética y su ética, entre sus gustos literarios, aferrados a la antigüedad, y la marcha de su pensamiento, guiado por el dogma y el escolasticismo.

«Su obra filosófica es dispersa, falta de unidad», apunta Rodríguez Ruiz. No podía ser de otro modo: Bertis fue, primordialmente crítico literario, seguidor de la Harpe y su exégesis se limita a lo formal. Más que intuiciones de orden filosófico, encontramos en él razonamientos deductivos, aceptados por la sana razón, que diría Balmes.

Estoy de acuerdo con la vuelta al humanismo que defiende Rodríguez Ruiz. Un humanismo humano como se ha dicho del de André Gide, o sea aquél que se interesa apasionadamente por todo lo relativo al hombre y que extrae saludables lecciones de la ciencia en su aplicación a la realidad. Huyamos de las vanas especulaciones. «Primero vivir, luego filosofar», reza la frase latina. No: hoy se trata, y he ahí lo difícil de esta nueva posición humanística, de vivir y filosofar al mismo tiempo, rectificando al minuto nuestras ideas. Uno de los acertos más exquisitos de Ortega y Gasset es el que afirma que las ideas son como instrumentos para pensar y que no las debemos confundir con las creencias que sustentan lo más hondo de nuestra vida mental y psíquica.

El mundo se divide en tendencias, brotadas precisamente de creencias contrapuestas y en choque trágico a veces. Ese el drama que se desenvuelve, en muchos actos, en la actualidad. Bertis vivió con sinceridad sus creencias, que sustentó en la fe católica, heredada de sus mayores y hechas realidad en su vida de sacerdote; manejó con elegancia ideas que se articulan, como lo muestra muy bien Rodríguez Ruiz, con la ideología predominante en el ambiente en que creció y se educó. En medio de la selva romántica que era nuestra literatura a fines del siglo pasado, poblada de vistosas aves, la obra de Bertis aparece como un hermoso fragmento de mármol clásico, procedente del siglo XVIII, pieza interesante sin duda, mas para los temperamentos fogosos tal vez un poco fría. Explicado lo anterior, queda bien definida la personalidad literaria del Padre Bertis, que se forja en la lección asidua y bien asimilada de los principales autores latinos.

Bien venido sea a esta Institución el doctor Napoleón Rodríguez Ruiz, cuyo concurso seguramente será para nosotros, de gran eficacia.

Luis Gallegos Valdés,

San Salvador, 17 de mayo de 1952.

Elogio al sentido de responsabilidad

Por el Dr. Rosendo Morán Monferrosa.

Permitidme que en este para mí solemne acto de incorporación al Ateneo de El Salvador, aborde el tema «Elogio al sentido de la responsabilidad», ya que siempre he sido y seguiré siendo devoto admirador de los hombres responsables, francos y leales y no voy a perder esta propicia ocasión para ensalzar a los que, en un medio hostil como en el que actualmente se vive en todos los ámbitos del orbe, constituyen un bastión incommovible de algo que al presente se cotiza a precio de oro: el sentido de responsabilidad.

Guardo en mi memoria una plática sostenida con un amigo residente en el exterior hace más de cinco lustros y que me sirve de motivo para estas elucubraciones. En el curso de la conversación, haciale ver los valores intelectuales, políticos y morales que consideraba con verdadero sentido de responsabilidad y dejándome volcar mi entusiasmo, me respondió estas frases que aún resuenan en mis oídos y que yo consideré como fruto de su ausencia prolongada del país y su consecuente desapego a las cosas nuestras: «Yo no deseo componer el mundo, ni desearía que mis amigos lo hicieran, y llego a más, no quisiera para mis enemigos tal tamaño. Que el mundo se componga solo, así como se descompuso él mismo». Disculpé al amigo su franqueza y sus palabras vinieron a convencerme de que en efecto, estar dotado de responsabilidad en estos tiempos, es una bendición del cielo.

La responsabilidad no hay duda que nació con la misma humanidad. Casi todos los personajes bíblicos fueron dotados de una dosis máxima de sentido de responsabilidad. Por supuesto que hubo y habrá siempre personas carentes de él, sea porque nacieron desprovistos de tal virtud o ya porque no se la hubiesen cultivado. El estudio ilustra el entendimiento, la memoria puede ejercitarse y el talento rinde más con el estímulo. Asimismo el sentido de responsabilidad para muchos es innato y en otros habrá que estimularlo o cultivarlo.

El sentido de responsabilidad organizado lo encontramos en las Ordenes de Caballería de hace milenio y medio. Permitidme que haga el elogio de éstas, no para remover los escombros que dejara la pluma su-

blíme del Manco de Lepanto, sino porque encierran toda una eterna loa al sentido de responsabilidad y espíritu de servicio.

Legendaria o no, la figura del Rey Arturo, constituye una sugestiva página en la historia de Inglaterra. Rodeada de monumentos sepulcrales se destacaba hace mil quinientos años, en antiguo cementerio del reino, una lápida adornada con tosca espada cuyo cuerpo se hundía hasta la empuñadura y al pie se leía esta inscripción: «Quienquiera que arranque esta espada, será el Rey de Inglaterra».

Los torneos de valor y destreza en aquellos tiempos legendarios se sucedían a porfía y en uno de tantos iba a tomar parte un primo de Arturo, pero por designios del destino, había olvidado su arma. Arturo, que asistía al evento al darse cuenta del obstáculo, se ofreció para ir en busca de ella, con tan mala suerte que le fue imposible encontrarla. El tiempo apremiaba y el joven Caballero estaba contrariado, pero de pronto, como un autómatas dirige sus pasos acelerados hacia el solitario cementerio y con mano firme arranca de un solo tirón la espada y la entrega a su primo. Se efectuó el torneo y la espada volvió a su antiguo sitio. Cundió por el reino la hazaña y toda la nobleza quiso repetirla: nadie pudo hacerlo hasta que llegó su turno a Arturo quien fue proclamado Rey de toda Inglaterra. Los más valientes del reino, presididos por su Rey se reunían alrededor de una mesa circular y comenzaron a forjar la Orden de los Caballeros de la Mesa Redonda cuyas proezas cantaron los romances de la época.

Si se analizan uno por uno los artículos de la Ley de Caballería nos convenceremos que son un monumento de responsabilidad y decoro. Hélos aquí:

«Estad siempre listos, con la armadura puesta, excepto durante el descanso de la noche».

«En cualquier cosa en que trabajéis tratad de ganar honor y fama de honestidad».

«Defended al pobre y al débil».

«No hagáis nada que hiera u ofenda a alguien».

«Estad preparado para pelear en defensa de vuestra Patria».

«Trabajad más por el honor que por la paga».

«Jamás faltéis a vuestra palabra».

«Defended el honor de vuestra Patria con vuestra vida. Es mejor morir con honor que vivir con vergüenza».

Y como si todo esto fuese poco, enalteciase al trabajo exigiendo a los caballeros «adiestrarse en oficios laboriosos y humildes con alegría y gracia y ejecutar buenas acciones con los demás».

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha inmortalizado por don Miguel de Cervantes y Saavedra sigue siendo, después de cuatrocientos años un prodigio de dicción castiza y permanece enhiesto desde aquellos remotos tiempos en que se han sucedido a porfía los quijotes que fueron y seguirán siendo hombres de sentido de responsabilidad bien cimentado, no obstante que por paradoja, sean ludibrio de la sociedad en que se desplazan. Los caballeros de antaño, simbólicamente, no debían de haber desaparecido del escenario político-social de las naciones y si esto hubiese sucedido, el mundo no sufriera el colapso moral que ahora confronta.

Tocó en suerte a la misma Albión promover el renacimiento de las órdenes de caballería en los albores del presente siglo cuando Lord Roberto Baden Powell organiza el movimiento esculta mundial con este lema que en su sencillez encierra toda una joya moral de altos quilates: «Siempre listo a servir». Es una organización calcada en los antiguos cánones de los caballeros de antaño, con su código cuyos artículos acatan con respeto los que militan en ella.

En medio siglo el movimiento esculta ha cubierto todo el mundo y sus siete millones de afiliados están demostrando la simpatía con que ha sido recibido este refugio cívico para las juventudes con las bellas enseñanzas de Baden Powell. Los frutos del escultismo en nuestra patria pueden aquilatarse al darnos cuenta que, de todas las becas concedidas en Europa por naciones amigas, han sido los Exploradores de El Salvador los únicos que las han conservado, precisamente por el sentido de responsabilidad y espíritu de servicio que les inculcó el escultismo.

Bien pensó Baden Powell que las generaciones adultas no tenían compostura y que era la juventud y la niñez que van pisando nuestros talones, las que necesitaban ser salvadas de la falta de sentido de responsabilidad que inmisericordemente acosa a la humanidad.

Hay que meditar hondamente sobre todo el alcance que tiene cada uno de los artículos del Código, para darse cuenta de [lo que significa en estos momentos cruciales el escultismo mundial. Sentiría gran pesadumbre si omitiese transcribirlos. Ellos son:

«El scout cifra su honor en ser digno de confianza»,

«Es leal»,

«Es útil y ayuda a los demás»,

«Es amigo de todos y hermano de cualquier scout sin distinción de credo, raza o clase social»,
 «Es cortés y caballeroso»,
 «Ve en la naturaleza la obra de Dios: protege a los animales y a las plantas»,
 «Sonríe y canta en sus dificultades»,
 «Es económico, trabajador y cuidadoso del bien ajeno»,
 «Es limpio y sano; puro en sus pensamientos, palabras y acciones».

Cada uno de estos artículos merece ser esculpido como norte y guía no sólo en los pechos de la hermandad esculta sino en todos los corazones de los hombres de buena voluntad.

En las grandes concentraciones siempre hay tráfugas y no podría ser el escultismo el que se apartara de esa ley inexorable. Hay y ha habido fracasos en las filas de Baden Powell. Unas veces ha sido la falta de energía y de carácter que no se amoldó a las disciplinas severas del código, otras a la indiferencia por las obras grandes y el resto por querer ser "hombres" antes de tiempo; siendo esta obsesión la que más hace desertar a los incautos. Con todo y esto, el escultismo representa en este momento para el mundo entero, la única salvación de la juventud y la niñez.

§ § §

Soy un soldado más que se une a vosotros en estas luchas del espíritu y como tal, he dado muestras de obediencia al leeros mi discurso de incorporación. No encontraréis el corte clásico de los avezados en las letras, ni hondos pensamientos filosóficos, sino que la llaneza de un iluso.

Puede contar desde este instante el Ateneo de El Salvador, con la única contribución que puedo ofrecerle: mi devoción por el engrandecimiento de mi Patria y mi entusiasmo por los ideales nobles, todo, en obsequio a la acogida gentil y generosa que me brindan sus ilustres miembros con quienes lucharé brazo a brazo con lealtad y sacrificio.



R CHAVEZ

Elogio al sentido de responsabilidad

(Confestación del socio activo del Ateneo de El Salvador, Dr. don Manuel Zúniga Idiáquez, al discurso de ingreso del Dr. don Rosendo Morán Monterrosa, con igual calidad, en tal fecha...)

Una amistad cordial que dura ya varias décadas, la confraternidad profesional de mi estimado colega, doctor don Rosendo Morán Monterrosa, constantemente consagrado a la Medicina, privada y oficial y la simpatía del tema escogido por él para su discurso, como recipiendario de nuestro Ateneo de El Salvador, vienen a ser otros tantos motivos que me habrían impedido no aceptar el honroso encargo de contestárselo, de acuerdo con los mandatos reglamentarios y la voluntad expresa del señor Presidente de la Institución, que le agradezco.

Como lo habéis oído, más que el «elogio al sentido de responsabilidad» se refiere al elogio del escul-tismo, valiosa reminiscencia de las normas de la Caballería Andante en la cual cifra nuestro colega una fundada esperanza de redención para las juventudes que se levantan; y es sin duda porque las leyes que dan vida a tal organización están hechas precisamente a base de ese «sentido de responsabilidad», que dicha organización le seduce tanto, especialmente en esta época de desintegración mundial en que todos los valores morales parecen haber sido trastrocados a más no poder, amenazan

do precipitar al mundo entero en el caos.

Bien está que fijemos nuestra atención en ese nuevo cauce prometedor de hermosos resultados, en cuanto se refiere a la formación física y sobre todo moral, del carácter de los afiliados, a fin de encontrarles derroteros dignos de ser seguidos con toda fe y ardor, desviándoles a la vez de las aniquiladoras tendencias del vicio, en lugar de muchos otros ofrecidos como tales, pero que han terminado por demostrar su incapacidad para conseguirlo y servir antes bien para arruinar a las mismas juventudes a las que se pretendiera fortalecer armónicamente.

La simple enunciación de su lema atrae con fuerza para que le prestemos toda nuestra ayuda, entregándole los menores llegados ya al desarrollo suficiente para abrazar con provecho tan prometedor doctrina: «Siempre listos a servir», cuatro palabras que por sí solas constituyen un mentís decisivo a esta época de egoísmo exagerado, de mezquino interés incapaz de moverse por sentimientos generosos, reflejos de la aristocracia espiritual proclamada por la Escritura, «la buena volun-

tad», clave de la convivencia cada vez más desvanecida en el correr de los tiempos y que eleva a quienes la poseen a la categoría de seres superiores,

Mucho se habla del triunfo del inmortal Cervantes sobre las instituciones caballerescas: mas ello no quiere decir, en modo alguno, que tratara de borrar de la haz de la tierra la caballerosidad, todo el cúmulo de hermosas virtudes constitutivas del ser idealista por excelencia que fuera el Caballero Andante, estilo Don Quijote de la Mancha; no, desde luego y precisamente algo que resplandecía en aquellos hombres privilegiados, a pesar de sus toques de locura, era ese «sentido de responsabilidad» que con justicia echa de menos nuestro estimado nuevo consocio, deseoso visiblemente de que la sociedad se encamine hacia principios regeneradores, substitutos de cuantos la han traído hasta la afflictiva desorientación en que se encuentra, en los 32 puntos de la rosa de los vientos.

Hay algo que sí nos llama poderosamente la atención y es que al hablar de «responsabilidad» no traiga a cuentas, ni de lejos, nuestra amada carrera, fundada toda ella precisamente en esa ley indestructible, desde el inicio de los estudios hasta el fin de la vida profesional, por larga y accidentada que pueda ser.

¡Ay del médico que llegue a desatenderse de esa voz interior que le vive señalando a cada momento el camino por donde debe transitar honestamente, «el sentido de respon-

sabilidad». Sin eso no podrá llegar a constituir el factor social consagrado rigurosamente al desempeño de la más noble misión a que pueden dedicarse los hombres, sintetizada por la antigua fórmula de nuestro evangelio profesional: «El médico cura algunas veces, alivia a menudo y consuela siempre», muy distinta por cierto de la otra, excelente, sin embargo, para constituir nuestras más nobles y humanitarias aspiraciones: «El objeto de la medicina es curar».

Pero por cualquier lado que tomemos tales disciplinas, siempre hemos de reconocer que giran estrechamente alrededor de ese «sentido de responsabilidad», a espaldas del cual no lograríamos sin duda soportar todas las exigencias inherentes al diario ejercicio, tan cargado de circunstancias agravantes, muy distintas por cierto de lo que el vulgo considera que es el oficio más lucrativo, siendo por desgracia cierto que no pocos lo abrazan ilusionados por tal miraje, idéntico casi siempre a las bellísimas perspectivas admiradas en el desierto, a pesar de saber que habrán de precipitarnos infaliblemente hacia la ruina total,

Dichosos, en cambio, todos aquellos que desde los albores de la vocación hondamente sentida experimentan a la par ese despertar de la conciencia que nos dice a cada momento: «Este es tu deber, este es el camino que habrá de llevarte al logro de tus propósitos, este es el medio de cimentar tu profesión en nobles realizaciones, esta es la conducta gracias a la cual habrás de formarte un facultativo digno de inspi-

rar la confianza a los pacientes, por delicados y susceptibles que fueren».

El estudio mantenido por encima de todas las demás actividades cotidianas, cuando él constituya el objetivo primordial; la atención indeclinable a cuanto digan y hagan los maestros, sea cual fuere su jerarquía; la vigilancia despierta sin cesar en presencia de los motivos de observación y sobre todo de experimentación; el ánimo dispuesto siempre a sacrificar toda ventaja personal por el interés de los enfermos a quienes nos toque atender; el dominio personal elevado hasta llegar a constituir con tales circunstancias los placeres más inefables en el desempeño de las obligaciones y devociones exigidas por la Medicina; todo, en fin, cuanto pueda significar relación directa o indirecta con el «sentido de responsabilidad», debemos hacerlo resplanecer frente a las inquietudes o ambiciones que pudieran tratar de desviarnos de la línea de conducta inflexible, trazada por la necesidad imperiosa que tiene la humanidad, en particular la bien llamada humanidad doliente, de contar con personas que vivan movidas por la divisa del escultismo: «Siempre dispuestos a servir» y esto según la escala magnífica del servicio: «En primer lugar, *servir*; en segundo lugar, *dar*; y la mejor forma de dar, es **DARSE**».

En subir los peldaños de tal escala debe encontrar el médico sus más grandes e íntimas satisfacciones, pero conviene hacerle saber también que «uno de los mejores *negocios* de todos los tiempos lo constituye la Medicina ejercida honradamente; así como la Medicina ejercida por ne-

gocio, es un crimen». Todo aquel que marche a compás con el «sentido de responsabilidad» irá camino del triunfo, aún cuando no logre amasar fortuna; mas, sobre todo, conseguirá la hermosa recompensa de que hablaba uno de nuestros grandes hombres: «Ningún placer es igual a la satisfacción que experimentamos por una buena acción realizada». El médico merecedor de tal nombre dormirá siempre reclinado sobre una muelle almohada de «buenas acciones», aunque su cuenta en el banco no llegue a traspasar ni siquiera las cifras de los millares.

Conste que algo sumamente parecido podemos decir acerca de las demás profesiones liberales, pues todas ellas tienen que estar regidas natural y necesariamente por el «sentido de responsabilidad». Del abogado tendremos que apuntar lo mismo: mediante la fiel sumisión al *sentido* salvador por excelencia, el abuso de confianza, la afición a lo ajeno, la venalidad, la corruptela de cuantos se muevan al unísono con él, a quienes se les vuelve cada vez más fácil inclinarse a transformar en mascaradas acomodaticias las honorables funciones del testimonio, el desempeño de la elevada misión de los jurados, de ayudar a mantener enhiesto el fiel de la balanza de la justicia y lo que es peor, a transformar a los jueces en masas informes amoldadas con toda facilidad según lo exijan los litigantes y lo muevan las voluntades estimuladas por los 30 dineros bíblicos que un día trastornaron la fe de un creyente, convirtiéndole en infame traidor contra el más grande de los Maestros, el Divino Redentor.

Todas las actividades humanas, de acuerdo con su significación y alcances, tienen que vivir apegadas al noble *sentido de responsabilidad*, alfa y omega reguladoras de nuestra conducta en cuanto de más elevado y significativo tiene la personalidad humana.

«El sentido de responsabilidad» no es otro que la voz de la conciencia, de la cual se afirma desde hace siglos: «La conciencia es a la vez testigo, fiscal y juez». Quien la tenga bien despierta no puede menos de ser fiel observante de aquel freno a cuyo dominio se someten de la mejor manera los seres predilectos de las grandes cualidades, tanto desde el punto de vista personal como según sean las obligaciones que tengan derecho a exigirles los demás. Es cuestión de sensibilidad moral y de querer intensamente forjarse a sí mismos como elementos dignos de figurar en primera línea entre los más llamados a servir de ejemplos para las generaciones que se levantan.

Estimado compañero Morán Monterrosa: sea usted bienvenido a este centro representativo de la cultura nacional, el Ateneo de El Salvador y reciba nuestras más cordiales felicitaciones por haber escogido tema semejante para su discurso de ingreso, ya que con él nos ha-

ce abrir los ojos ante la realidad actual del mundo, añorar las grandes virtudes de los caballeros andantes, fijar nuestra atención en la regeneradora disciplina del escultismo, animándonos a darle impulso a su desarrollo en el país, con hermosas perspectivas para las juventudes presentes y venideras, amenazadas constantemente por tendencias degenerativas de distintas clases, algunas de ellas hasta con pretensiones de verdaderas formadoras del sér integral, mientras abusan a su sabor del verdadero significado del aforismo latino proverbial: «Mens sana in corpore sano», con amenaza perenne de la salud en vez de cultivarla esmeradamente y menosprecio del espíritu, por aquello de que no se le ve, ni siquiera podemos cambiarlo por algunas de las materialidades indispensables al diario vivir.

Sea pues bienvenido; y que el nuevo resorte de su *sentido de responsabilidad* aportado al ingresar a nuestra institución como uno de sus miembros activos, le mueva constantemente a cumplir la alentadora promesa que nos hace de trabajar a la par nuestra, con todo entusiasmo, por el logro de nobles ideales acariciados en pro del positivo engrandecimiento de la Patria.

He dicho.

M. Zúñiga Idiáquez.



Una entrevista con Giobanni Papini

Encasillado en la cultura europea—Fallas en el conocimiento de América—El catolicismo de Papini—Paceli, el Papa, un hombre mediocre—América, dice, no ha dado un genio universal—Mientras Europa está moribunda, América no ha nacido. Entrevista con un conservador de la cultura tradicional.

Por Humberto López Villamil
(Miembro Correspondiente)

(Concluye)

EL PAPA ES UN HOMBRE MEDIocre

Ha llegado nuestro entrevistado a uno de los aspectos que más hemos querido abordar. A medida que nos habla, va ratificando la sinceridad de sus afirmaciones y de su criterio, por extraviado que este parezca.

«—Yo soy católico, nos dice, como deseando tomar un punto de partida, pero soy un diablo católico que tendré que rendir cuentas ante Dios».

«Digo muchas cosas que han hecho rabiar a la cleresía, comenzando por los que dicen enseñar el catolicismo en la Universidad Gregoriana. No conozco todavía—dice enfáticamente— ningún catedrático de esa Universidad que sea un verdadero cristiano. Porque el catolicismo en el mundo está en crisis, no por falta de principios, que los tiene

inmensamente grandes y eternos, no por falta de valores espirituales, que los hay considerablemente, sino porque hay una verdadera desorientación en las prácticas católicas».

«La tarea fundamental del momento es convertir el cristiano al cristianismo. Todas las dudas materiales, todas las dudas espirituales, las resuelve el catolicismo, que abarcando el globo lleva muchos siglos de existencia resistiendo airoosamente los embates del tiempo».

«La barbarie de los Estados Unidos y la barbarie de la Rusia Soviética, mantienen la espectación del mundo contemporáneo, ahogando, dentro de esa fiebre bélica de los mercaderes tradicionales, el sentimiento espiritual del mundo representado en su cultura».

«El mundo no puede estar sujeto a los caprichos de las minorías bárbaras que gobiernan esos países,

únicamente porque hay la coincidencia histórica actual de representar dos superestructuras estatales».

«Precisamente la mayor gravedad de la crisis actual está en la escasa contribución de los valores de la cultura hacia la mayor estabilidad social del ser humano sobre la tierra».

«Ante esta crisis, que bajo todo sentido es inconcebible con la natural evolución del hombre, el Pontífice ha perdido toda noción de su gran categoría espiritual, porque Paccelli es un hombre mediocre, cuyos antecedentes hay que encontrarlos en su anterior posición como diplomático. Amigo de la componenda, siempre está buscando temas y ocasiones para granjearse baratas simpatías. Para mí, es erróneo que un Pontífice esté en tantos discursos, ya sobre economía, sobre materias sociales, sobre la paz, sobre la justicia, sobre Derecho Constitucional, etc. etc. Esa no es su posición ni su responsabilidad. Esto lo puse en claro en mi libro «Lettere Agli Omini del Papa Celestino Sexto». (Cartas a los hombres por el Papa Celestino Sexto). Editada en español por la Editorial Aguilar».

«El Papa debía darse cuenta de su autoridad moral sobre el mundo cristiano, de su posición privilegiada para orientar los destinos contemporáneos de la grey eucuménica».

EL TEMA FILOSOFICO

Después de escuchar cada una de las sentencias anteriores, expresadas con fuerza y convicción, en-

tramos al tema de las corrientes filosóficas contemporáneas.

«No crea que voy a referirme a cada una de las escuelas que parecen tener mayor o menor vigencia; esto no tiene gran importancia. Antes y ahora la importancia la ha dado la categoría del pensamiento y no la situación pasajera o dicho con mayor claridad, lo que se pone de moda. De moda está el existencialismo, pero esta filosofía no sirve de orientación al hombre, entendido, en su verdadera condición de hombre, como ser que piensa y quiere para condicionar su vida y la de sus semejantes, dentro la serie de finalidades de la vida humana».

«Ninguna doctrina filosófica, que esté fundada en la crisis de principios humanos y por tanto de los valores humanos, puede resistir a conciencia, período histórico alguno. La mayor o menor acogida o vigencia de estas corrientes filosóficas dependen del mayor o menor grado de crisis generalizada, como la que ahora estamos contemplando en el mundo contemporáneo».

AMERICA Y EUROPA

Motivo suficiente había para entrar en el espinoso tema referente a las opiniones expresadas por Papini sobre la cultura americana, hace algunos años, y desde luego, estábamos inquietos por indagar sobre ello.

—Usted sabe, señor Papini, que la mayoría de los hombres de letras de América tienen un hondo resen-

timiento por ciertas ideas que usted ha expresado sobre lo que usted considera como una nula contribución de América a la cultura universal.

—Precisamente, hace ya algunos años, fue publicada en «El Tiempo» de Bogotá, si mal no recuerdo, un artículo mío sobre «Lo que América no ha dado». Debo confesar, en primer lugar, que este artículo fue publicado en forma incompleta, y en segundo, que lo que en esa oportunidad dije, lo ratifico, aunque no con las interpretaciones que le han dado».

Ustedes los americanos son muy optimistas. Cualquier pequeña obra la consideran como trascendental. Para triunfar se necesita la aquiescencia de la opinión universal y después de muchos sacrificios. Yo he dicho, que América todavía no ha dado un genio universal, en el camino de la cultura. Un Cervantes, un Goethe, un Byron, un Verlaine, o si se quiere un Cesane o un Van Gog, creadores de la pintura moderna».

—Señor Papini, yo creo y tengo la convicción de ello que América ha dado genios de categoría universal, pero que Europa difícilmente podría comprenderlos en toda su grandeza patriótica, cívica o puramente espiritual, como en el caso de un Bolívar, de un San Martín, de un Martí; o de un Darío. Silva, Neruo o Neruda en la poesía; de un Diego Rivera, Orozco, Siqueiros, Cándido Portinari, en la pintura; o de un Rómulo Rosso en la escultura. Para comprender una valoración

ética, cívica o artística y en sentido general, para comprender los valores de la cultura americana, hay que penetrar en la idiosincracia de nuestro Continente, en sus principios institucionales, que no por ser peculiares dejan de difundirse en un contenido universal. El hombre de América ama y siente la democracia; la historia americana es precisamente la historia de sus luchas por la libertad y los principios que la sustentan, pero como es notorio aquí en Europa, la democracia se ve con cierto desdén, quizá porque los varios ensayos de solución para la evolución de sus instituciones, se han dedicado a atacar rabiosamente al sistema democrático. El hombre de letras, el pintor, el poeta, el escultor, el músico en América, es un demócrata, es producto del pueblo, es producto de una conciencia aunque nueva, definida y no otra cosa que obedezca a una tradición que se impone al mismo espíritu creador.

«—¡Ah, mi amigo, mi amigo! usted es otro gran optimista. Yo no quiero negar el papel que está llamado a desempeñar el Continente Americano en la historia del hombre. La América Latina especialmente, —yo lo espero— producirá su máxima grandeza. Pero esa esperanza aún no es realidad. Llegará cuando allá se tenga una estabilidad en todo orden y cuando los valores culturales se pongan en la categoría que les corresponde. Entonces América producirá frutos universales perdurables».

«Yo contemplo el panorama universal con mucho pesimismo.

*«Mentre Europa sta moribunda,
América non é nata...»*

Nuestro hombre sonríe con aire de suficiencia. La frase: «Mientras Europa está moribunda, América todavía no ha nacido», la había lanzado como el que está convencido de su evidencia, y todas las posteriores discusiones se desvanecieron ante la actitud martirizante del que pone a su Continente, en pose postrera de agonía, mientras al Nuevo Mundo le inspiraba el regalo de la esperanza para negarlo todo.

Indudablemente Papini representa un criterio profundamente identificado al europeo común. En la vieja Europa que no se conforma

con los principios que creyó sustentar y habiendo la fe en ellos pretende crear otros para desorientarse más. Es la Europa de las tradiciones arraigadas con sabor a siglos que resiente la hegemonía de nuestro Continente. Es el árbol viejo que ya dió sus frutos y reniega de otras fortalezas.

Para Papini y la mayoría de los europeos no hemos nacido. Pero los que habitamos América no solamente no vamos a esperar que Europa muera para empezar a producir, sino que estamos y estaremos alimentando y sosteniendo a esa Europa para que no muera... aunque no quieran darse cuenta de ello.

Florencia, noviembre de 1951.



Arce y Valladares

Colombianos Ilustres

Gral. José María Melo

Por Jorge Lardé y Larín

El lunes 16 de mayo de 1859 ingresó en San Salvador, con procedencia de la América del Sur, un auténtico prócer de la independencia de la Gran Colombia: el general neogranadino *José María Melo*, y el miércoles 18, por la mañana, visitó al Senador Presidente de la República, general de división don Gerardo Barrios.

Hombre de carácter franco, de contingente modesto y amanerado, de opiniones y sentimientos rectos y sanos, como lo conceptuó el editor de la GACETA OFICIAL salvadoreña, el general *José María Melo* estaba destinado a prestar importantes servicios a El Salvador, en el ramo militar.

El domingo 29, el Senador Presidente y su dignísima esposa, doña Adelaida Guzmán de Barrios, dieron al ilustre huésped un almuerzo en familia, al que concurren el señor Ministro de Relaciones licenciado Manuel Irungaray y otras altas personalidades políticas de la época.

Este ilustre militar neogranadino, que se inició en la carrera de las armas el 21 de abril de 1819, como teniente de los ejércitos libertadores de Simón Bolívar, había par-

ticipado en las campañas emancipadoras de los años de 1820 y siguientes, que culminaron con la independencia del Ecuador, del Perú y de Bolivia.

En tal concepto, el general Melo se halló en las acciones de Popayán, Jenoi, Pichincha, Guache, Tarquí y Yaguachi, y luego, en las célebres jornadas de Junín, de Matará y de Ayacucho, hasta la rendición de los ejércitos realistas en Callao.

Por tales relevantes servicios, el señor Melo fue condecorado con «el Busto del Libertador», con las medallas conferidas a los vencedores de Pichincha, de Junín y de Ayacucho, con el título de Benemérito de la Patria en grado heroico y eminente y, además, con citas honorosas en la orden del día, esculpiéndose su nombre en el monumento que la Patria agradecida erigió en los campos de Ayacucho.

Capitán de granaderos en esta última acción de armas, «cooperó con su valor y esfuerzos a colocar el pabellón tricolor sobre las heladas cimas del Potosí, cuya enseña anunció al mundo la libertad de todo el hemisferio».

Por rigurosa escala el señor Melo ascendió desde simple teniente hasta el grado de coronel (5 de junio de 1830), ascensos que fueron autorizados por las firmas del Libertador Simón Bolívar, del Vicepresidente de Colombia don José María de Paula Santander y del Gran Mariscal don Antonio José de Sucre.

En la hoja de servicios del señor Melo, figuran estas frases confirmativas de los méritos y valor que le ornaban y de su lealtad a la causa justa y santa de la emancipación política americana:

«Sirvió a las órdenes de S. E. el Libertador Presidente (Simón Bolívar) dando siempre pruebas de un gran valor y de conocimientos nada comunes a la ciencia militar».

«Sirvió a las órdenes de S. E. el Gran Mariscal Antonio José de Sucre, habiendo, por su distinguido comportamiento obtenido en el campo de Ayacucho, la preferencia de pasar a mandar la compañía de granaderos del glorioso batallón de Pichincha».

«El segundo Comandante José María Melo, ha llenado las funciones de Jefe de Estado Mayor de una división del ejército de Bolivia de un modo que nada deja que desear, y que justifica haberse educado dignamente en la escuela del primer guerrero de este siglo, del héroe de Colombia (Simón Bolívar), que dió libertad al Nuevo Mundo».

Conocidos por el gobierno salvadoreño los altos méritos del ilustre huésped de la República, se pen-

só, con sobrada razón, que este héroe de la independencia sudamericana estaba en capacidad de reorganizar el ejército nacional.

El 2 de junio de 1859, el Senador Presidente, general de división don Gerardo Barrios, expidió un *Acuerdo Ejecutivo*, en virtud del cual se nombró al general José María Melo INSPECTOR GENERAL DEL EJERCITO DE LA REPUBLICA y se le encargó, especialmente, «la organización, instrucción y manejo de los cuerpos veteranos de infantería, caballería y artillería que se trata de levantar, invistiéndole al efecto con todas las facultades precisas para llevar a cabo mira tan importante, pudiendo a este fin dirigirse a los gobernadores departamentales, quienes cumplirán sus órdenes en todo aquello que se conexione con la milicia, su organización, disciplina y reemplazo de las bajas que ocurran».

Por el mismo *Acuerdo Ejecutivo*, se asignó al general José María Melo la dotación de 1.800 pesos anuales, de conformidad al Decreto Legislativo de 4 de junio de 1845.

Con fecha 3 de junio del mismo año de 1859, el general Melo «aceptó con placer» la alta distinción que se le confería, protestando sus grandes simpatías por el gobierno y pueblo salvadoreños, «que tan heroicas acciones legan a la posteridad, como brindan luminosas páginas a la historia de Centro América».

El 6 de junio siguiente, el general Melo recibió amplias facultades del gobierno salvadoreño para que

dictara todas las providencias que juzgase necesarias, a efecto de que reinara el mayor arreglo en todas «las fortificaciones de la República, parques, almacenes, cuarteles y puestos militares en que hayan guardias o se coloquen avanzadas».

A iniciativa del INSPECTOR GENERAL DEL EJERCITO, se emitió el Decreto Ejecutivo de 13 de junio de 1859, en virtud del cual se dió una nueva organización a las fuerzas armadas salvadoreñas, siendo designado el general José María Melo primer Jefe del Escuadrón Primero del Ejército «DRAGONES DE MORAZAN» y General Comandante en Jefe de la DIVISION VANGUARDIA.

La GACETA OFICIAL salvadoreña, en su edición del día 18, da cuenta de que «El Gobierno ha pedido a los Estados Unidos cañones ligeros y bien dotados de proyectiles para la brigada de artillería que se ha mandado a crear», y agrega, que «Se han solicitado en La Habana unos pocos artilleros instruídos y se esperan en unos de los viajes del vapor».

De tal suerte, que en virtud de la reorganización del ejército salvadoreño, las jerarquías militares quedaron distribuidas así: General en Jefe del Ejército, el señor General Senador Presidente de la República don Gerardo Barrios; Segundo Jefe del Ejército, el Benemérito de la Patria general Joaquín Eufrasio Guzmán; y Jefe del Estado Mayor del Ejército, el general José María Melo.

A principios de Julio de 1859 ya funcionaba en San Salvador el primer COLEGIO MILITAR, fundado por el ínclito mandatario don Gerardo Barrios bajo la dirección del general José María Melo y destinado a la preparación técnica de la oficialidad salvadoreña.

El 18 de agosto de 1859, el progresista gobierno del general de división don Gerardo Barrios emitió un importante Decreto Ejecutivo, por el cual se creó el CONSEJO CONSULTOR DEL EJECUTIVO, uno de cuyos miembros fue el Inspector General del Ejército Salvadoreño, señor don José María Melo. El 14 de septiembre siguiente, a las dos de la tarde, tomó posesión de su nuevo destino este ilustre militar neogranadino.

Bajo la dirección del general Melo, y tal como era de esperarse, tanto el Ejército como el Colegio Militar salvadoreño progresaron de manera notable, lo que comprometió la eterna gratitud de este pueblo a aquel lugarteniente del Libertador Simón Bolívar.

No consta, en la GACETA OFICIAL, hasta cuándo el general Melo desempeñó el cargo de Inspector General del Ejército y de Director del Colegio Militar; pero se sabe que en tales funciones duró «algunos meses» y que renunció enseguida, «no sin dar a conocer su pericia militar y su laboriosidad».

De San Salvador el general Melo se dirigió a Ciudad Real, capital del Estado de Chiapas, en la Re-

pública de México, y allí prestó sus importantes servicios al gobierno estatal.

A fines de mayo de 1860, el aludido Estado fue invadido por tropas revolucionarias y el gobierno encomendó al general José María Melo emprender una acción vigorosa contra los facciosos.

Dirigióse, en consecuencia, a la ciudad de Comitán y de allí acampó en la hacienda de Jucaná, cerca de la línea fronteriza entre México y Guatemala, con la pequeña sección de caballería confiada a su experta dirección.

A las tres de la mañana del 1° de junio de 1860, el general Melo y sus subalternos fueron sorprendidos y atacados por cincuenta revolucionarios, y después de una corta y débil defensa, sucumbió el glorioso soldado de los ejércitos libertadores del Sur.

«El General Melo —dijo el Gobernador del Estado de Chiapas

al instalarse el Congreso del mismo — fue vilmente asesinado en el acto por los facciosos, sin pararse en la consideración de sus muy honrosos antecedentes, y sin que los detuviera, para la consumación de tan criminal atentado, la situación lastimosa a que por dos graves heridas, que recibió durante la acción, se hallaba reducido aquel valiente y desgraciado soldado de la Independencia de la América del Sur».

Con el general Melo sucumbieron también el alférez Peralta y dos individuos más de tropa, cuyos cadáveres, mutilados por la saña de los revolucionarios, fueron conducidos a Comitán, de orden del Comandante Militar de esa plaza, señor J. Pantaleón Domínguez.

Así murió, quien se había cubierto de gloria en las más memorables batallas libradas en el suelo de la América del Sur y quien, en El Salvador, prestó importantísimos servicios y dejó gratos e imperecederos recuerdos: el general de división don José María Melo.

Historia Geológica de El Salvador

Por Jorge Lardé y Larín

Aun no se puede establecer sobre sólidas bases científicas el proceso de formación de los territorios que hoy forman el área geográfica de El Salvador, pero sí se puede establecer en líneas generales los diversos períodos en que ellos fueron emergiendo del seno de los mares.

Geológicamente, El Salvador se divide en dos zonas bien diferenciadas: *la septentrional o plegamiento montañoso principal*, representada por las estribaciones meridionales de la Sierra Madre Centro-Americana; y *la austral ó plegamiento montañoso secundario*, representada por el eje plutónico y sísmico de la Cadena Costera.

La primera de esas zonas es paupérrima en vegetación, su fauna es raquítica, pero en cambio es muy rica en yetas metalíferas; sus volcanes están apagados o extinguidos desde siglos antes del aparecimiento del hombre y toda esa faja es esencialmente asísmica. El volcanismo apenas se manifiesta allí en fumarolas o infiernillos, llamados *auzoles* (1) en El Salvador, y en fuentes termales y medicinales; la sismicidad, por esporádicos movimientos telúricos de insignificante intensidad e importancia. Comprende ese plegamiento las Sierras de Alotepeque-Metapán, Talchaluja o Chalatenango, Tamulasco-Sumpul y otras de menor importancia, así como el grupo volcánico de Cacahuatique-Gotera-Sociedad.

La segunda de dichas zonas posee exuberante vegetación y su fauna es relativamente rica, pero en su subsuelo no se encuentran filones metalíferos: ni oro, ni plata, ni cobre, ni hierro, etc. Sus volcanes han hecho muchas y espantosas erupciones de magma incandescente y tres de ellos, el Izalco, el Playón y los Cerros Quemados del Ilopango, han aparecido en los últimos cuatro siglos; la sismicidad en este plegamiento es intensa y la historia de sus terremotos ha hecho tristemente célebre al país. Comprende esta zona a la Sierra de Apaneca, al grupo volcánico del Quezaltepeque, al valle de hundimiento y plegamiento del Ilopango, al volcán de San Vicente o Chichontepec, a la Sierra de Chinameca y a los volcanes de San Miguel o Poshotlán y de Conchagua o Amapala.

(1)—Es un error escribir ausol con "s", pues el sonido de esta consonante no existe en el idioma pipil-náhuat. Debe escribirse "auzol".

Estas diferencias substanciales acusan mayor vitalidad o juventud en el segundo de los plegamientos orogénicos considerados y mayor senectud en el primero. El estudio geológico-paleontológico viene a confirmar que la zona septentrional es mucho más antigua que la meridional.

A fines de la *Éra Secundaria*, en el *período cretácico*, se formaron en concepto de Carlos Sapper y Jorge Lardé los llamados «*estratos de Metapán*», al norte del departamento occidental de Santa Ana. Esa extensa formación de rocas calizas se extiende desde la Sierra de Alotepeque-Metapán hasta el lago de Güija y es la única región donde se encuentran ricas minas de hierro. Además, se ha indicado en ellos la presencia de grutas con estalactitas y estalagmitas.

Entre los ríos Lempa y Sumpul, al norte de la República, departamento de Chalatenango, se extiende una cordillera conocida con los nombres de Chalatenango o Talchaluya, en la porción occidental, y de Tamulasco-Sumpul, en la oriental. En estas montañas, cubiertas de pinos y liquidámbares que crecen en lagunas de humus que recubren profundas rocas desnudas, se han encontrado *nummulites*, fósiles atribuidos a la *Éra Terciaria*, a los *períodos eoceno y oligoceno*, así como *diatomeas* de esos períodos. A esta misma época pertenecen los sistemas montañoso-volcánicos del oriente boreal salvadoreño (Sierra de Nahuaterrique y volcanes de Cacahuatique, Gotera, Sociedad, etc.) y los del occidente septentrional (grupo volcánico que circunda a la laguna de Güija: Mazatepeque, San Diego, La Isla, Chingo, etc.)

A mediados de la *Éra Terciaria*, a fines del *período oligoceno* o principios del *período mioceno*, comenzaron a emerger las tierras del mediodía, sometidas en sus orígenes a una larga etapa de emersiones e inmersiones. A esta época se atribuyen los llamados «*conglomerados porfídicos*», descubiertos en 1869 por los geólogos franceses Augusto Dolffus y Eugenio de Montserrat. Dichas formaciones están constituidas de guijarros y otras rocas redondeadas. La gran extensión de la sedimentación indica que se trata de estratos de origen marino y no lacustre y que fueron sometidos frecuentemente a la acción de las olas y remansos oceánicos, como lo comprueban los anticlinales. En ciertas regiones, entre una y otra capa de sedimentación porfiroidea, se descubren mantos de cenizas y escorias volcánicas (lapilli), cuya presencia revelan al geólogo que durante el largo ciclo de su formación hubo una notable recrudescencia volcánica. Los referidos «conglomerados porfídicos» se extienden desde el río Paz hasta el río Goascorán, al Oeste se prolongan en territorio guatemalteco y al Este en territorio nicaragüense y hondureño, y desde el río Lempa, al Norte, hasta el Océano Pacífico, al Sur.

Asociado a la formación de las mencionadas capas sedimentarias debe considerarse la de los terrenos calizos y depósitos de yeso y caolin

de Paleca, el Zizimite y otros lugares del interior del país, que descansan en parte sobre terrenos del *período jurásico*, como lo indica el hallazgo de un molusco de la familia animoidea, género arietites, en los estactos interiores de las sedimentaciones de la barranca del Zizimite.

En el *período plioceno* tuvo efecto la surrección de la llamada Cadena Costera. Los cráteres de los nuevos volcanes se abrieron paso rompiendo el depósito de los «conglomerados porfídicos». La lava se desparramó formando grandes extensiones de rocas porfido-traquíticas (andesitas y fonolitas, principalmente) y hubo un levantamiento orogénico general.

Entre el plegamiento montañoso principal o Sierra Madre Centro-Americana y el plegamiento montañoso secundario o Cadena Costera quedó una considerable superficie cubierta de lagunas y pantanos. Al norte del Departamento de Ahuachapán se formó un gran lago, del cual el último residuo es la laguneta de Huitziapán o del Espino, posteriormente desaguado por el río de Ahuachapán o de Paz. Entre los departamentos de Chalatenango, por un lado, y los de La Libertad, San Salvador y Cuzcatlán, por el otro, existió asimismo un lago de mayor extensión, que el río Lempa desaguó por el oriente cuando logró la erosión de rocas de origen volcánico que taponeaban la cuenca lacustre. Finalmente, en el oriente norte del país había otro gran depósito de aguas, entre los departamentos de Morazán y San Miguel, que fue desaguado por el Río Grande de San Miguel.

Este régimen lacustre y palustre permitió el desarrollo de una planta: el tule, de la familia de las ciperáceas, que a principios de la *Era Cuaternaria* constituyó la base de la alimentación de enormes proboscídeos: los *mastodontes* y *elephas*, cuyos restos fósiles se han encontrado con más profusión en esas áreas. La descomposición orgánica de las coníferas y de otras plantas permitió la formación de mantos de *lignito* o carbón fósil, que hoy afloran en dilatadas zonas del territorio salvadoreño y cuya pobreza en calorías revela hasta cierto punto su reciente origen geológico.

Hacia la costa pacífica salvadoreña se han formado en la referida *Era Cuaternaria* terrenos aluviales de considerable extensión, al mismo tiempo que el plegamiento montañoso secundario ha sido sometido a innarrables cataclismos volcánicos.

Una gran falla o discolamiento del terreno, orientada de Oeste a Este, tuvo efecto al Sur de la Cadena Costera, falla descubierta en 1917 por Jorge Lardé y denominada por él «Caluco-Armeniana». Como continuación de esa falla debe considerarse el llamado «Callejón del Guarumal», al sur del volcán de San Salvador.

Otra importante falla descubrí en 1951, falla a la que denominé de Panchimalco a título de prioridad, de la que uno de sus bordes lo constitu-

yen las llamadas «Montañas Rocosas» y «Puerta del Diablo» en los Planes de Renderos. Dicho dislocamiento del territorio está orientado de Norte a Sur.

Pero indudablemente el fenómeno geológico más importante de esa época es la gran erupción de un volcán que ocupaba el valle de hundimiento y plegamiento donde se encuentra hoy la laguna de Ilopango. Como resultado de ese cataclismo, se depositó, en un radio de 15 kilómetros a la redonda de dicha laguna, un manto de tierra blanca, con cenizas, lapilli y piedra pómez, de 5 o 6 m. de espesor, que sepultó, por lo menos en el valle de Zalcuatitán, de San Salvador o de las Hamacas, los testimonios arqueológicos de las primitivas civilizaciones premáyicas de El Salvador.

En los *tiempos históricos* se han derramado extensas coladas o mantos de lavas (teshcal) al sur de los volcanes de Santa Ana o Lamatepec y de Izalco, al norte del volcán de San Salvador o Quezaltepec y del Playón, y por todos rumbos del volcán de San Miguel o Poshotlán.

La paleontología nacional muy mal conocida todavía, ha revelado la presencia en otros tiempos de una fauna mayor considerable, a tal grado que puede afirmarse que grandes paquidermos y reptiles vivieron aquí en compañía de una exuberante vegetación y de otros animales de menor talla.



EPOPEYA

*(En el poema EPOPEYA DE BOLIVAR,
de Edgardo Ubaldo Gen(a))*

Por Manuel José Arce y Valladares

*Conforme el ojo avanza en la lectura,
por la magia del verso alucinado,
ve alzarse todo un mundo del pasado
para plasmarse en realidad futura.*

*Porque el poeta cuando canta, augura;
es profeta, es vidente, iluminado
por su fuego interior — fuego sagrado
que él multiplica en luz desde su altura.*

*En la Épopeya, el Padre de la América
surge al conjuro de la musa homérica,
firme en la luz de olímpico chispazo.*

*Al evocarle redivivo Homero,
Bolívar está aquí, de cuerpo entero,
vivo en su pedestal de El Chimborazo.*

Notas Informativas

Nuevos Miembros

En este número de la revista aparecen los discursos de Ingreso de dos nuevos Miembros Activos del Ateneo de El Salvador, los señores doctores don Napoleón Rodríguez Ruiz y don Rosendo Morán Monterrosa, a quienes contestaron, en nombre de la Institución, los colegas don Luis Gallegos Valdés y doctor don Manuel Zúniga Idiáquez, respectivamente.

El doctor Rodríguez Ruiz, egresado de la Facultad de Ciencias Sociales y Jurisprudencia de la Universidad Autónoma, es ya una positiva honra del Foro Salvadoreño. Académico respetado del Alma Mater, conferencista de nota, es autor de dos obras que enriquecen de verdad nuestra bibliografía científica y literaria: «Historia de las Instituciones Jurídicas Salvadoreñas» (dos tomos) y su novela regional «Jaraquí», el intento más serio hasta la fecha llevado a cabo en el país, ya que otra novela famosa: «Hombres contra la muerte», de Miguel Ángel Espino, se desarrolla fuera de las fronteras patrias.

El doctor Morán Monterrosa es profesional egresado de la Facultad de Medicina y Cirugía de la misma Universidad y durante toda su vida profesional ha mantenido una constante preocupación por los problemas sociales. Autor de varios artículos de orientación pública y uno

que otro de carácter histórico, constituye hoy día una de las fuertes columnas de la benemérita Institución denominada Defensa Social Salvadoreña, de la que es Presidente nuestro Miembro Honorario Monseñor Luis Chávez y González, arzobispo de la diócesis de San Salvador.

Para el próximo trimestre está señalada la incorporación de la profesora doña Antonia Galindo de Portillo, Directora de la Escuela Normal de Señoritas «España», quien, con Irisol, pondrán la nota de dulzura femenina en las actividades de nuestro Ateneo.

Centenario del nacimiento de don José Toribio Medina

En la Embajada de Chile, a cargo del licenciado don Eugenio Palacios Bate, se congregó la intelectualidad salvadoreña para constituir el Comité Pro-Conmemoración del Primer Centenario del nacimiento de don José Toribio Medina, considerado, con razón, como «el primer bibliófilo de la cristiandad».

La Junta Directiva del Comité se integró de la manera siguiente: Presidente Honorario, el Presidente de la República teniente coronel don Oscar Osorio; Presidente efectivo, el señor Ministro de Cultura Popular, doctor Reynaldo Galindo Pohl; Secretario General, el señor Director del Museo Nacional «Da-

vid J. Guzmán», bachiller don Jorge Lardé y Larín; Prosecretario, el señor Director de la Academia de Oratoria, profesor don Braulio Pérez Marchant; y Vicepresidentes, los señores Ingeniero Antonio Perla, h., Rector de la Universidad Autónoma; doctor Hermógenes Alvarado, h., Vicepresidente de la Academia Salvadoreña de la Historia; doctor Julio Enrique Avila, Vicepresidente de la Academia Salvadoreña de la Lengua; profesor don Alfredo Betancourt, Presidente del Ateneo de El Salvador; y don Baudilio Torres, Director de la Biblioteca Nacional.

El Salvador tiene una deuda de gratitud con el bibliógrafo chileno don José Toribio Medina y conmemorará dignamente el primer centenario de su nacimiento, el 21 de octubre próximo.

Geología Salvadoreña

En este trimestre ha aparecido la novena obra de nuestro colega bachiller don Jorge Lardé y Larín, intitulada «Geología Salvadoreña».

Dicha obra ha sido editada por el Ministerio de Cultura, en tirada de 5,000 ejemplares, tamaño 1/32, 168 páginas, en papel bond base 16, e ilustrada con siete láminas en papel couché.

«Geología Salvadoreña» contiene 16 trabajos del autor sobre diversos tópicos geológicos, tales como una historia geológica de El Salva-

dor, índice y descripción de regiones fosilíferas, formación del lago de Güija, los volcanes y auzoles salvadoreños, el apareamiento de tres volcanes recientes en el país, el terremoto de 1878 que destruyó a Jucapa como el de 1951, el maremoto de 1902 y un catálogo documentado de las erupciones volcánicas y de los terremotos ocurridos en Centro América durante el siglo XVI.

La obra será de permanente consulta para los estudiosos y sobre todo para los maestros salvadoreños que encontrarán en ella material didáctico apropiado.

Condecoración Panameña a Juan Felipe Toruño

El gobierno de Panamá otorgó recientemente a nuestro estimado colega Dr. H. C. don Juan Felipe Toruño, la condecoración de Vasco Núñez de Balboa en grado de Caballero.

Con tal motivo, en las oficinas de Redacción de «Diario Latino» hubo una animada recepción, durante la cual el señor Embajador del hermano país impuso dicha condecoración al doctor Toruño.

De esta manera, Panamá premia la vida de un intelectual que ha consagrado sus mejores años a la forja de un panamericanismo auténtico, cual es la divulgación de los valores representativos de la cultura americana y universal.

MIEMBROS ACTIVOS DE LA INSTITUCION

SAN SALVADOR

Alfaro	Coronel e Ingeniero don Simeón Angel
Alvarenga	Doctor Leonidas
Arce y Valladares	Don Manuel José
Betancourt	Profesor don Alfredo
Calderón	General don José Tomás
Claros	Presbítero doctor don Rafael F.
Gallegos Valdés	Don Luis
Hirlemann	Doctor Arnoldo
Huezo Paredes de G.	Doña Graciela (Irisol)
Lardé y Larín	Bachiller don Jorge
Lemus	Teniente Coronel don José María
López Ayala	Teniente Coronel don José María
Molina	Profesor don José Lino
Morán Monterrosa	Doctor don Rosendo
Palacios	Doctor Aristides
Palacios Bate	Don Eugenio
Pérez Marchant	Don Braulio
Rodríguez Ruiz	Doctor don Napoleón
Toruño	Doctor H. C. don Juan Felipe
Valencia Robleto	Profesor don Gilberto
Vega y Aguilar	Presbítero don Vicente
Vidal	Doctor don Manuel
Zúñiga Idiáquez	Doctor don Manuel

DEL INTERIOR

Barrios	Doctor Gerardo	Santa Ana
Román Peña	Presbítero Miguel	San Martín
Osegueda	Profesor don César Augusto	San Miguel
Osegueda	Profesor don Napoleón	Usulután

HONORARIOS

Arrieta Rossi	Doctor Reyes	San Salvador
Avila	Doctor Julio Enrique	" "
Castro Ramírez	Doctor don Manuel	" "
Chávez y González	Monseñor Luis	" "
Gavidia	Doctor don Francisco	" "
Guerrero	Doctor don J. Gustavo	Berna, Suiza.
Osegueda	Profesor don Francisco Rodolfo	Usulután
Soriano	Doctor Nazario	San Salvador
Villafañe	Don José María	" "